

No 33

AÑO III

Lima, á 1.º de marzo de 1907

U. N. M. S. M.

BIBLIOTECA CENTRAL
 HENEROTECA
 FONDO ANTIGUO

NUM. 33



LA PAZ Y LA GUERRA

George Digby 2.º conde de Bristol, y el conde Guillermo (más tarde) duque de Bedford
 (Cuadro de Van Dyck.—Colección del conde Spencer)

SUICIDAS

No pasa un día sin que aparezca en los periódicos la relación de algún suceso como éste:

«Anoche, los vecinos de la casa núm..., de la calle... oyeron dos ó tres detonaciones, y, saliendo á la escalera para saber lo que ocurría, entre todos pudieron comprobar que se habían producido en el cuarto del señor X.... Al abrir la puerta de dicho cuarto—después de llamar inútilmente—vieron al inquilino tendido en el suelo, sobre un charco de sangre, y empuñando aún el revólver con el cual se había ocasionado la muerte.

«Se ignora la causa de tan funesta determinación, porque vivía el señor X en posición desahogada, y, teniendo ya cincuenta y siete años, disfrutaba de bastante salud.»

¿Qué angustiosos tormentos, qué lesiones del corazón, qué ocultas desdichas, qué horribles desencantos convierten á esas personas, al parecer felices, en suicidas?

Indagamos, presumimos al punto dramas pasionales, misterios del amor, desastres de inteteses, y como no se descubre jamás una causa precisa, cubrimos con una palabra esas muertes inexplicables:

—Misterio; misterio.

Una carta escrita poco antes de morir por uno de los muchos que «se suicidan sin motivo», cayó en mi poder. La juzgo interesante. No descubre ningún derrumbamiento, ninguna miseria espantosa, nada extraordinario de lo que se busca siempre para justificar una catástrofe; pero pone de relieve la sucesión de pequeños desencantos que desorganizan fatalmente la existencia solitaria de un hombre que ha perdido todas las ilusiones, y acaso explique— á los nerviosos y á los sensitivos, al menos—la tragedia inexplicable de «suicidios inmotivados».

Leámosla:

«Son las doce de la noche. Cuando haya escrito esta carta, voy á matarme. ¿Por qué? Trato de razonar mi determinación, para darme cuenta yo mismo de que se impone fatalmente, de que no debo aplazarla.

«Mis padres eran gentes muy sencillas y crédulas. Yo creí en todo, como ellos.

«Mi engaño duró mucho. Hace poco, se desgarraron para mí los últimos jirones que me velaban la verdad; pero hace ya bastantes años que todos los acontecimientos de mi existencia palidecen. La significación de lo más brillante y atractivo, se me presenta en su torpe realidad; la verdadera causa del amor hasta llegó á sustraerme de las poéticas ternuras.

«Nos engañan estúpidas y agradables ilusiones que se renuevan sin cesar.

«Envejeciendo me había resignado á la horrible miseria de las cosas, á lo vano de todo esfuerzo, á lo inútil que resulta siempre la esperanza: cuando una luz nueva inundó el vacío de mi vida esta noche, después de comer.

«¡Antes yo era feliz! Todo me alegraba, las mujeres al pasar las calles, mi vivienda; y hasta la hechura de mis ropas constituía para mí una preocupación agradable. Pero las mismas ideas, los mismos actos repetidos, monótonos, acabaron por sumergir mi alma en una laxitud espantosa.

«Todos los días, á la misma hora, durante treinta años, me levanté de la cama; y todos los días, en el mismo, restaurant, durante treinta años, á las mismas horas, me servían los mismos platos mozos diferentes.

«Me propuse viajar. El aislamiento que sentimos en

ciudades nuevas, en residencias desconocidas, me asustó. Sentíme tan abandonado sobre la tierra, tan insignificante, que volví á tomar el camino de mi casa.

«Y entonces, la inmutable fisonomía de los muebles, fijos en el mismo lugar durante treinta años, las rozaduras de mis sillones, que yo conocí nuevos, el olor de mi casa (cada casa que habitamos, con el tiempo, adquiere un olor especial) acabaron produciéndome náuseas y la negra melancolía de vivir mecánicamente.

«Todo se repite sin cesar y de un modo lamentable. Hasta la manera de introducir—al volver cada noche—la llave en la cerradura; el sitio donde siempre dejo las cerillas; la mirada que al entrar esparzo en torno de mi habitación, mientras el fósforo se inflama. Y todo me provoca—para verme libre de una existencia tan ruin—á tirarme por el balcón.

«Mientras me afeito, cada mañana me seduce la idea de degollarme; y mi rostro, el mismo siempre, que se refleja en el espejo con las mejillas cubiertas de jabón, muchas veces me hizo llorar de tristeza.

«Ni siquiera me complace tropezar con personas á las cuales veía con gusto hace tiempo; las conozco tanto, que adivino lo que me dirán y lo que les diré; á fuerza de razonar con los mismos descubrimientos la ilación de sus ideas. Cada cerebro es como un circo donde un pobre caballo da vueltas. Por mucho que nos empeñemos en buscar otros caminos, por muchas cabriolas que hagamos, la pista no varía de forma, ni abre puertas ignoradas. Hay que dar vueltas y más vueltas, pasando siempre por las mismas reflexiones, por los mismos chistes, por las mismas costumbres, por las mismas creencias, por los mismos desencantos.

«Al retirarme hoy á mi casa, una insistente niebla invadía el bulevar, obscureciendo los faroles de gas que parecían candilejas. Pesaba el ambiente húmedo sobre mis hombros como una carga.

«Y una buena digestión, lo es todo en la vida. Ofrece inspiraciones al artista, deseos á los jóvenes enamorados, luminosas ideas á los pensadores, alegría de vivir á todo el mundo, y permite comer con abundancia (lo cual es también una dicha). Un estómago enfermo, conduce al escepticismo, á la incredulidad, engendra sueños terribles y ansias de muerte. Lo he notado con frecuencia. Es posible que no me matara esta noche, haciendo una buena digestión.

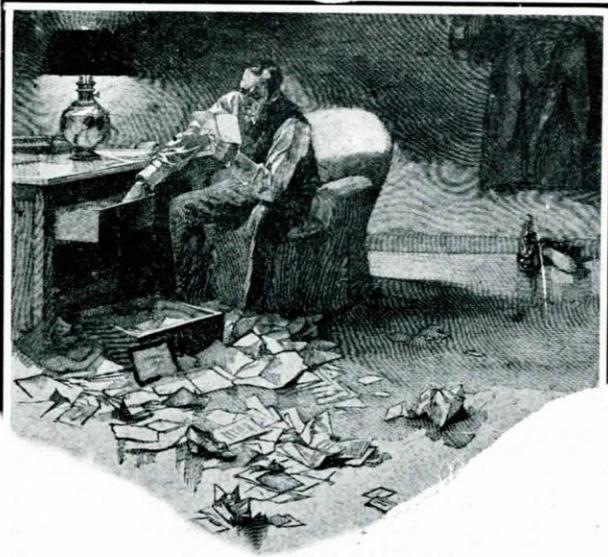
«Después de haberme acomodado en el sillón donde me siento hace treinta años todos los días, miré alrededor creyéndome víctima de un desaliento espantoso.

«¿De qué medio valerme para escapar á mi razón macilenta, más horrible aún que la desordenada locura? Cualquier empleo, cualquier trabajo, me parece más odioso que la inacción en que vivo. Quise poner en orden mis papeles.

«Hacía tiempo que deseaba registrar los cajones de mi escritorio, porque durante los treinta últimos años había metido allí, al azar, las cartas y las cuentas. Aquel desorden llegó á preocuparme algunas veces; pero me sobrecoge una fatiga tal, en cuanto me propongo un trabajo metódico y ordenado, que nunca abrí, resuelto á reservar algunos algunos papeles y romper la mayor parte.

«Quedéme al pronto pensativo, ante aquel hacinaamiento de hojas amarillentas; luego cogí una.

«¡Oh! Si apreciáis en algo vuestra vida, no toquéis jamás á las cartas viejas que guardan los cajones de vuestro escritorio. Y si no podéis resistir la tentación de abrirlos, coged á granel, con los ojos cerrados, los pa-



quetes de cartas para tirarlos al fuego; no leáis ni una sola frase, porque sólo ver la escritura olvidada y de pronto reconocida, os lanza en un océano de recuerdos; quemad esos papeles que matan; cuando estén hechos pavesas, pisoteadlos para convertirlos en impalpables cenizas.... Y si no lo hacéis así, os anonadarán como acaban de anonadarme y destruirme.

«¡Ah! Las primeras cartas no me han interesado; eran de fechas recientes y de personas que viven y a las que veo, sin gusto, con alguna frecuencia. Pero de pronto, la vista de un sobre me ha estremecido. Al reconocer los rasgos de la escritura se me han cubierto mis ojos de lágrimas. Era la letra de mi mejor amigo, del compañero de mi juventud, del confidente de mis esperanzas. Y se me apareció tan claramente, con su bondadosa sonrisa, tendiéndome las manos, que sentí un escalofrío penetrante; hasta mis huesos vibraron. Sí; sí; los muertos vuelven. ¡Lo he visto! Nuestra memoria es un mundo más acabado aún que el universo; ¡puede hacer vivir hasta lo que no existe!

«Con la mano temblorosa y los ojos turbios, recorrí toda su carta, y en mi pobre corazón angustiado, he sentido un desgarramiento espantoso. Mis lamentaciones eran tan lastimosas como si me hubiesen magullado las carnes.

«Así he ido remontándome á través de mi vida, como remontamos un río, luchando contra la corriente. Aparecieron personas olvidadas, cuyos nombres no puedo recordar; pero su rostro sí, lo recuerdo. En las cartas de mi madre, resucitan criados antiguos, el aspecto de la casa y mil detalles nimios que una inteligencia infantil recoge.

«Sí; he visto de pronto, los vestidos que usó en distintas épocas mi madre, y según la moda, y según el tocado, mostraba una fisonomía diferente. Sobre todo me obsesionaba con un traje de seda rameado, y recuerdo que un día, llevando aquel traje, me amonestó dulcemente: «Roberto, hijo mío, si no procuras erguirte un poco, serás jorobado toda tu vida».

«Luego, al abrir otro cajón, aparecieron las prendas marchitas de mis amores: un zapatito de baile, un pa-

ñuelo desgarrado, una liga de seda, trencitas de pelo, flores.... Y las novelas de mi vida sentimental, me sumergieron más en la triste melancolía de lo que no vuelve. ¡Ah! ¡Las frentes juveniles orladas con rubios cabellos, las manos acariciadoras, la sonrisa que promete un beso, el beso que asegura un paraíso!.... Y ¡el primer beso!.... Aquel beso delicioso, interminable, que ofusca la mirada, que abate la imaginación, que nos posee y nos glorifica, ofreciéndonos á la vez un goce ideal y la promesa de otros goces deseados.

«Cogiendo con ambas manos aquellas prendas tristes de lejanas ternuras, las cubrí de caricias furiosas, y en mi corazón desolado por los recuerdos, sentía resonar cada hora de abandono, sufriendo un suplicio más cruel que las monstruosas leyendas infernales. ¡Ah! ¡Por qué las abandoné, ó porque me abandonaron!

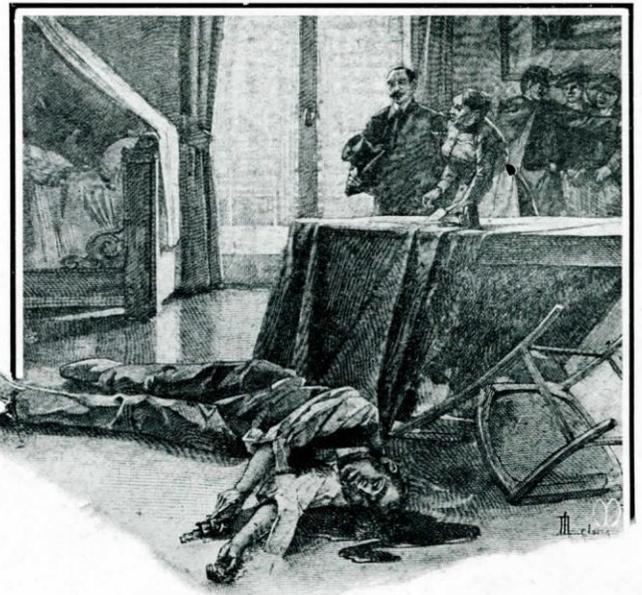
«Quedaba por ver una carta, que tenía medio siglo de fecha. Me la dictó el maestro de escritura:

«Mamita de mi alma: Hoy cumpla siete años. A esta edad, ya se discurre; ya sé lo que te debo. Te juro emplear bien la vida que me has dado.

«Tu hijo que te adora,

ROBERTO».

«Me había remontado hasta el origen. El recuerdo era desconsolador. ¿Y el porvenir? Quise profundizar en



lo que me faltaba de vida, y se me apareció la vejez espantosa y solitaria, con su cortejo de achaques y dolencias..... ¡Todo acabado para mí! ¡Nadie junto á mí!

«El revólver está sobre la mesa..... Es tentador.....

«¡No leáis nunca las cartas de otros tiempos! No recordéis viejas memorias.....!»

Así es como se matan muchos hombres en cuya plácida existencia no hallamos el verdadero motivo de su fatal resolución.

GUY DE MAUPASSANT.





Librería Rosay. — Casa de la familia Forero y fachada de "La Colmena" en la plazuela de la Merced

BALNEARIOS



Hotel y baños de La Punta

Foto. Lund

Carta de la ex-Emperatriz Carlota viuda de Maximiliano,

A MARIA VICTORIA, DUQUESA DE AOSTA, REINA ELECTA DE ESPAÑA

«Esta preciosa carta fué leída recientemente por uno de sus miembros ante la Sociedad «Hispano Americana» de Leipzig y aplaudida frenéticamente. Una feliz coincidencia ha traído el manuscrito á nuestro poder el que tenemos el gusto de dar conocer á nuestros lectores».

REVISTA GERMÁNICA.

«Hija mía: permite que te llame hija; ya porque soy viuda, ya porque mis dolores me dan el derecho de emplear contigo el sagrado nombre de madre.

Te ví en Italia cuando eras bella joven y feliz; yo también era feliz y joven, aunque no bella como tú.

Te ví otra vez cuando eras dichosa y yo muy desgraciada.

Te escribo hoy para anunciarte que puede llegar el día en que seamos desgraciadas las dos.

¡Yo también fuí Reina, María Víctoria!

¡Yo también sonreí y me engañé!

Sabes que he perdido el juicio, y Dios te ama tanto, que me envía esta hora de lucidez para decirte la verdad, ya que tanto ambicioso, tanto adulador, tanto hombre indigno, tanto boca embustera, tanta lengua idiota, tanto corazón depravado te mentirá.

¡Yo he sido Reina, duquesa de Aosta!

Yo corozco el oficio.

Ahora sólo falta que tu corazón de mujer te venda.

Soy Carlota la antigua Emperatriz de México, la esposa de Maximiliano.

Tengo prisa por comunicarte mis temores, porque no sé el tiempo que la demencia me deje libre.

¡Quien nos había de decir lo que ha pasado cuando nos vimos por primera vez, entre los árboles de Frascaty y del Tívoli!

¿Te acuerdas de aquellas tardes apacibles? ¡Ay! María, fíjate con atención en lo que mi desgracia va á señalar.

¡En la buena ventura que dice una infeliz esposa que ha enloquecido el dolor.

* * *

Una comisión fué á Viena para ofrecer á mi marido la corona de México.

—Carlota, me dijo Maximiliano, me ofrecen el Imperio de un pueblo famoso de América.

No quiero fingirte ni engañarte, María.

Aquella corona me deslumbró y comprendiéndolo Maximiliano me dijo que me entendiera con la comisión.

Así lo hice y acepté.

Empezaba el aprendizaje de Emperatriz.

Maximiliano me dirigía frases cariñosas.

Ya soy Emperatriz.

¡Oh tristes ilusiones, negras vanidades, cuánto me costáis.

¡Sigue leyendo, María Víctoria, sigue!

* * *

La comisión me besó las manos asegurándome que México vivía en la anarquía y que vería en nosotros ángeles tutelares.

Maximiliano y yo nos mirábamos absortos.

La comisión ponderaba las bellezas de México.

Mi marido y yo estábamos en Babia.

Sigue leyendo duquesa, y verás en qué vino á parar tanta complacencia, tanta poesía.

Aquellos comisionados nos burlaron con mil mentiras.

* * *

Nos embarcamos alucinados por glorias desconocidas. Al abandonar las costas alemanas, sentí una punzada en el corazón, y de allí dió principio la desventura que debió enloquecerme.

Al fijarme en un punto lejano blanco, y saber que eran las playas del Báltico, mi corazón se oprimió.

Maximiliano lo notó.

Yo también le engañaba.

¡Oh esposo mío, hombre desgraciado, perdóname!

¿Estrañas que haya perdido la razón?

Sigue leyendo.

* * *

Nos esperaba la corona.

Estaba tan celosa de mi diadema, que cada ola embravecida me parecía un escollo.

¿Por qué la mar no abrió entonces para la nave sus senos misteriosos?

* * *

Llegamos á México.

Cuanta gente!

¡Cuántos vítores!

Cuántas flores en el camino y en las calles.

¡Cuántas colgaduras!

¡Cuántas luminarias?

¡Cuántas alegrías!

¡Cuánto amor!

Y sin embargo ¡horrorízate, María Víctoria, México nos odiaba, México nos aborrecía!

Si alguna vez sales de Italia; si el resplandor de una corona te ciega los ojos y el corazón, no fíes en el número de personas que rodean la portezuela de tu coche.

El pueblo ve á los reyes y á los emperadores como presencia un espectáculo teatral; como ve á los ajusticiados.

No te fíes tampoco en la sonrisa de los grandes.

¡Si los vieras desnudos de pompa, como yo los he visto!

No olvidaré nunca que un magnate de México cayó de rodillas á nuestros pies y besó la tierra que nosotros pisábamos.

Aquel fué el primer traidor; aquel fué el primero que vendió á marido.

Mi marido fué fusilado en suelo extranjero.

No lo asesinó México.

Lo asesinaron aquellos hombres que nos vinieron á buscar y que me besaron la mano.

* *

Colgadas, himnos, luces, arcos de triunfo, vítores, flores, todo pasó.

Llegaron noticias de la guerra y mi marido me miró siniestramente.

El emperador habló con un personaje de gobierno; yo sorprendí oculta la conversación y me estremecí de horror.

¡Los pobres mexicanos fueron sacrificados!.....

Antes de morar en ciertos palacios, prefiero vivir en una cueva de gitanos.

La comisión nos dijo que México se encontraba en plena anarquía.

¡Era falso, María!

La anarquía estaba en la comisión y en los hombres que la enviaban para perdernos, quienes se hacían tocar á su paso la marcha real; conciencias podridas, míseros plebeyos, metidos de rondón á reyezuelos.

Los comisionados vinieron en grandes buques, haciéndose los opulentos, derrochando el dinero, mientras que poblaciones importantes de México se veían azotadas por la fiebre amarilla y la miseria.

Si en estos instantes se hiciera la anatomía de mi cuerpo, verían que mis entrañas están secas.

Maximiliano no dormía.

Yo tuve una horrible pesadilla.

Se la expliqué á mi marido.

He visto, le dije, la sombra de tres hombres sin cabeza, los reconocí.

El emperador Maximiliano y los generales Miramón y Mejía.

Sálvate y sálvame, esposo mío, estamos perdidos.

Me vestiré de luto y me volveré á Europa.

Te dejo mi alma, pero se va mi cuerpo.

Maximiliano quedó mudo, cubriéndose el semblante con ambas manos y lloró.

* *

Partí sin que ninguna comisión me ponderara ya aquel paraíso terrenal.

Yo dije á mi esposo en el momento de partir.

—¿Te quedas?

Es mi destino.

Una vez en Europa, recibí una carta suya concebida en estos términos:

«Tu lo adivinaste, Carlota: el rayo de luz que entra en mi morada es el último sol. Estoy en capilla, arrodillado ante la imagen de Jesús. Dentro de una hora caminaré al suplicio entre un sacerdote y el verdugo»

Al separarme de Maximiliano tuve el horrible sentimiento de que me separaba para siempre de mi único amor en el mundo.

* *

El buque partió y en todas partes veía el rostro de mi esposo.

—¿Qué es aquel punto que descubro en el horizonte?

Señora, respondió el capitán del vapor, son las playas del Báltico.

Playas del Báltico, arenas de mi Patria, dije en mi conciencia, aquí me teneis como os prometí: vuelvo á vosotros vestida de luto.

Llegué á París, corrí á las Tullerías, pero Napoleón me recibió como estatua de granito.

Empero yo divisaba una cruz y volé á Roma, fuí al Vaticano, puse mis labios á los pies de Su Santidad y en aquel instante ví de nuevo aquellas tres sombras de los tres personajes, perdí todas mis esperanzas, me acordé de un hombre y enloquecí.

Me condujeron á Viena y luego á este Castillo, donde vivo con el silencio, la soledad y una memoria admirable.

Aquí me trajeron una caja que contenía los restos un hombre á quién yo amé; caja que abrí un día sin que nadie me viera.

La mano derecha de mi esposo estaba cerrada como si fuera de bronce.

Mis manos al tocar las suyas encontraron un papel que decía:

«Carlota, tu lo adivinaste, perdóname. Yo que he vivido mal, quiero morir bien. Mi último suspiro es para tí».

¿Extrañarás, María, que haya perdido la razón?

No soy Carlota, no tengo vida, nó, voló voló mi alma.

Napoleón III ensalzado, me perdió á mí; Napoleón III caído te perderá á tí!....

He de terminar esta carta.

¡Adios, María Victoria, siento que se turba mi mente, que mi alma vuelve á rodar por los insondables abismos de la locura!

Vuelvo á ver aquellas sombras.

¡María Victoria, no abandones á tu patria!

María, que te engañan como á mi engañaron, que te venden como á mi me vendieron.

Te he dado la prueba más grande de amistad al hacerte tales revelaciones.

Tu infortunada y leal amiga.

CARLOTA, EX-EMPERATRÍZ DE MÉXICO.



BALNEARIOS



La Punta.—En la plataforma de los baños

Foto. Lund

ANTITESIS

I

Yo que en los tiempos de la antigua Grecia
Ganado hubiera el premio de hermosura,
¡Con qué pena hoy contemplo mi figura
En la bruñida luna de Venecia!

¡Horrible metamorfosis impía!
Cuál ha trocado ya. Ley inhumana
Los que fueron, en no lejano día,
Perfiles de belleza soberana!

De la frente la nivea transparencia,
El brillo fulgurante de los ojos
Que refleja la cándida inocencia,
Y el puro corte de los labios rojos;

Todo ha cambiado ya, é inconsolable,
El alma llena de mortal congoja,
Mira que el Tiempo destruyó implacable
La flor de mi belleza hoja por hoja!

¡Ah cuitada de mí! más grandes bienes
Perdí, que estos corpóreos, con los años;
Que, al blanquear los cabellos en mis sienas
Brotaban dentro del pecho desengaños!

Eterna imaginé yo esa hermosura
Con que dotar mi cuerpo plugo al Cielo,
Y en ella, solo en ella, mi ventura
Quise hacer consistir aquí en el suelo!

¡Error, funesto error, flores de un día
Las gracias son, que adornan la materia;
Siendo el único bien que poseía,
Al perderlo, quedeme en la miseria!

Cuán vana, cuán estéril fué mi vida!
Como á mi propio sér lo amaba tanto,
—Lo confieso humillada y afligida,—
No albergó mi alma otro cariño santo;

Que una forma no más del egoísmo
Era el cariño que sentir creía
Por alguien tal cual vez, el alma mía,
O inconsciente, profundo sensualismo!.....

También inspiré yo sólo deseo;
Que amor cuando es del alma, al alma quiere,
Y el que es de los sentidos pronto muere,
Porque este no es amor, es devaneo!

Hoy, ¡oh espejo, oh amigo lisonjero,
De mis pasados triunfos confidente,
Huyo de tí como de un juez severo
Se teme el fallo rudo é inclemente!

¡Qué sola estoy, gran Dios, qué abandonada!
Todo en mi derredor lo encuentro frío:
¡Ah! ¡Qué triste es amar, no ser amada,
Sentir por todas partes el vacío!.....

Ya pronto ha de cesar esta existencia;
Pero al caer dentro la negra fosa,
Me seguirá la helada indiferencia
En la futura vida misteriosa.

No ofrendarán en mis despojos yertos
Ni lágrimas, ni flores, ni oraciones,
Que son los cariñosos eslabones
Que juntan á los vivos con los muertos!

Olvidada de todos, y perdida
En el vasto recinto de la Muerte,
Yaceré hasta que el Angel me despierte
para dar cuenta de mi estéril vida!

II

¿Espejos? ¿Para qué? Si los espejos
Donde están, por mi dicha, retratados
Con mayor perfección mis años viejos,
Sois vosotros, mis hijos adorados!

¡Portentosa, sin par fotografía,
Que me da dulces copias animadas,
Y en mágicos *clichés* perfeccionadas,
De mi ser en su bella lozanía!

Si renace en vosotros mi hermosura,
¿Qué importa que mi rostró esté marchito?
¿En aquello no finca mi ternura
Su goce más sublime é infinito?

Que se apague la luz de la mirada
Y deje de ser bella la sonrisa;
Para vivir dichosa y extasiada
Me bastan vuestro gozo y vuestra risa.

Ya se dobla mi espalda al peso grave
Del Tiempo; mas yo solo mirar pido
Siempre de vuestro paso el ritmo suave
Y la esbeltez de vuestro talle erguido.

Pasaron ya los días venturosos
De los sueños de amor..... ¡No, no han pasado,
Que en mi alma siento nuevos deliciosos,
Aquellos que en la vuestra han anidado!

Y en vano es que el Invierno árido y frío
Amontone su nieve en mi cabeza;
Mi espíritu revive con más brío
Y una nueva Estación florida empieza!

Divino renacer! De hijos y nietos
Los amores, y ensueños, y esperanzas
Son manantiales de dolor secretos
O fuentes para mí de venturanzas!

¡Amar, sufrir, gozar, *sentir* la vida!
Hasta que caiga, por Decreto arcano,
La materia, del alma desprandida,
En la piadosa tumba del cristiano!

Y allí me seguiréis: puestos de hinojos,
Rebosando de amor los corazones,
Desbordados en lágrimas los ojos
Por mí alzareis fervientes oraciones;

Las cenizas gélidas, al eco
De las querellas y el piadoso llanto,
Conmoveránse en el oscuro hueco,
Donde aguardan el Juicio Sacrosanto;

Y han de ser esos ruegos atendidos,
Por el universal clemente Padre;
Que por EL fueron siempre bendecidos
Unos hijos que ruegan por su madre!

LASTENIA LARRIVA DE LLONA.

Guayaquil, Nov. de 1906.

El diario de Adan

RESTAURADO CUIDADOSAMENTE POR MARK TWAIN

LUNES.—Esta nueva criatura de largo de pelo es bastante molesta para pasear. Está siempre alrededor de mí y siguiéndome.... No me gusta; no estoy acostumbrado á la compañía. Desearía que permaneciese con los otros animales.... Nublado. Viento del Este; pienso en lo que hubiéramos podido correr... ¿Hubiéramos?... ¿Dónde he oído yo esa palabreja?... La nueva criatura la usa.

MARTES.—Estaba mirando mi hacienda. La tierna criatura la llama el «Jardín del Edén»—¿Por qué?—Estoy seguro de no saberlo.—Dice que le gusta *mirar* al Jardín del Edén. Esto no es una razón; es simplemente capricho ó imbecilidad. No acierto á calificar nada por mí mismo de un modo preciso; ya lo veo. La tierna criatura tiene esa cualidad; antes que yo me dé cuenta de lo que es cualquier cosa, ella la califica de modo perdurable. Ahí está el dido, por ejemplo. Dice que cuando uno le mira, ve una mirada en él como *de un dido*. Tendrá largo tiempo el sobre nombre, sin duda alguna. ¡Dido! Ella también mira como un dido lo que yo hago.

MIÉRCOLES.—Construíme un abrigo contra la lluvia, pero no pude gozarlo en paz yo solo. La tierna criatura entro en él. Cuando traté de arrojarla de allí, caía tanta agua que inundó en un momento su frente y su cabeza; dió unas pataditas en el suelo y reculó hacia adentro, dando un lastimoso gruñido como algunos de los otros animales hacen cuando están apenados. Deseaba que no hablase; siempre está hablando. Se lo dije. Sonó en los oídos de la pobre criatura como un petardo, pero yo no podía figurármelo. No había oído yo mismo nunca voz humana, y los sonidos parecíanme nuevos y extraños bajo techado en esta durmiente soledad, y ofendían mis oídos como notas discordes. Son sonidos nuevos directamente producidos para mí, que parecen llegar directos á mi oído, de un lado y de otro. Hasta entonces había yo percibido solamente sonidos más ó menos remotos; sonidos que interrumpían el profundo silencio á mis piés ó á larga distancia.... Voces de la naturaleza, así lo creía, saludos del viento á los árboles, apacible jugueteo de las fuentes cristalinas, músicas sonoras creadas para mí en la tranquilidad de la noche por esas brillantes cosas que titilan y resplandecen en el cielo, quizás.

Mi vida no es tan feliz como era.

SÁBADO.—La nueva criatura come demasiada fruta. Hemos corrido un poco, lo más agradablemente. ¿Hemos? ¡Otra vez el plural! *He* debí de.... *hemos*; también se lo he oído bastante á *ella*. Hay también bastante niebla esta mañana. No me gusta salir cuando hace niebla. La nueva criatura sale. Sale, haga el tiempo que quiera, y se llena los piés de lodo. Y habla. ¡Era esto tan tranquilo y agradable!....

DOMINGO.—Enteramente subvertido. Este día acostumbra á ser el más tranquilo, era escogido y puesto aparte el último Noviembre como día de descanso. Yo ya tenía seis de ellos por semana, antes. Esta es otra de las innumerables cosas.... Parece que hubiera *allí* demasiada legislación, y demasiado ruido, y demasiada estabilidad y no bastante energía y calma y policía. (*Recuerdo*. Debo guardar esta clase de opiniones para mí solo).

Esta mañana hallé á la nueva criatura, tratando de alcanzar las manzanas del árbol prohibido, pero no pude coger ninguna. A lo menos, así me pareció. Creo que las manzanas están á salvo.

LUNES.—La nueva criatura dice que su nombre es Eva. Muy bien; no tengo nada que objetar. Dice que fué llamada porque yo la necesitaba. Yo dije que era cosa superflua. Me faltan palabras para designarla, y ciertamente quisiera hallar una que la calificase con exactitud. Dice que no es un animal más como los otros, sino una persona. Esto es probablemente dudoso.... y sin embargo, es muy parecida á mí. Lo que podía hacer es marcharse de mi lado y dejarme en paz.

SÁBADO.—Escapé el martes último por la noche y viajé dos días y construí otra cabaña en sitio lejano, borrando mis huellas lo mejor que pude; pero ella me ha dado caza ayudada de una bestia que me siguió merced á su olfato, y á quien ella llama lobo; y entró en mi choza, gruñendo como la otra vez y con la frente y la cabeza mojadas. Me obligó á volver con ella á los antiguos sitios que tanto le gusta contemplar; pero me dispongo á emigrar otra vez, cuando se ofrezca la ocasión, tomando más precauciones.

Emplea su tiempo en tonterías. Por ejemplo, trata de averiguar por qué los animales que ella llama leones y tigres se mantienen comiendo hierbas y flores, cuando, como dice, la clase de dientes de que están dotados, parece indicar que tuvieran la misión de comerse unos á otros. Esto es una locura, porque, para hacerlo, tendrían que mantenerse entre sí, y esto sería introducir lo que entiendo se llama la muerte, y la muerte, como se me ha dicho, no ha entrado aún en el mundo. No deja de ser una lástima, después de todo.

DOMINGO.—Continúa esto enteramente subvertido.

LUNES.—Creo que ya he comprendido para qué es la semana. Es para dar tiempo á descansar del descanso del domingo. Parece una buena idea, aquí donde tan poco abundan las buenas ideas. (*Rec*. Esta clase de consideraciones debo reservarlas....) Ella ha estado apedreando otra vez el árbol ese. He censurado su conducta y me ha dicho que nadie la ha visto. Parece considerar como suficiente justificación para hacer las cosas más peligrosas el que no la vean. Se lo dije así. La palabra *justificación* prodújole admiración.... y creo que también envidia. Es una hermosa palabra.

JUEVES.—Me ha dicho que ha sido hecha de una costilla tomada de mi cuerpo. Esto es, cuando menos, dudoso.... si no es más que eso. A mí no me falta ninguna costilla... No le satisface la hierba; dice que no está de acuerdo con los vegetales, pues cree que necesita carne también para su alimento. Sin embargo, los vegetales deben ser lo mejor, cuando tan abundantemente se nos provee de ellos.

SÁBADO.—Ayer se cayó al estanque cuando estaba contemplándose en las aguas, cosa que siempre está haciendo. Casi se ahoga y dice que fué lo más agradable... Esto la entristeció mucho, condoliéndose de las criaturas que viven *allí* y que ella llama *peces*. Porque continúa dotando de nombres á todas las cosas que no le necesitan, y que no acuden cuando se les llama con ellos, lo cual hubiera debido de hacerla desistir de su manía, si no fuera una loca. Así, por ejemplo, se trajo, para tenerles secos y calientes, una cantidad de peces con ella, poniéndolos en mi cama; pero no vi que fueran más felices allí que lo habían sido antes en el agua. Cuando llegó la noche, los arrojé fuera; no quise dormir con ellos porque los encontraba ásperos y desagradables para dormir con una persona que no cubre de modo alguno su epidermis.

DOMINGO.—Subvertido enteramente.

MARTES.—Ahora la ha tomado con una culebra. Los otros animales están tristes porque está siempre haciendo experimentos con ellos y molestándolos, y yo estoy descontento porque la culebra habla, y esto me pone en estado de buscar un retiro.

VIERNES.—Dice que la serpiente le aconseja probar la fruta de ese árbol, y dice que el resultado será adquirir una grande, hermosa y noble educación. Yo la dije que tendría también otro resultado: el de introducir la Muerte en el mundo. Fué un error, y hubiera sido mejor guardar esta reflexión para mí solo, y darla solamente una idea de que con ello proporcionaría alimento fresco á los leones y tigres, de acuerdo con sus observaciones. La aconsejé que se guardase de acercarse al árbol. Me dijo que no quería hacerme caso. Tengo miedo. Emigraré.

MIÉRCOLES.—He tenido un tiempo variable. Escapé aquella noche y cabalgué á caballo toda la noche, tan á prisa como pude, esperando salir del jardín y fijarme en algún otro país antes que el cataclismo se operase; pero no pudo ser. Como una hora antes de salir el sol, cuando yo cabalgaba por florida llanura, donde miles de animales estaban comiendo, recreándose ó retozando unos con otros, lo más amigablemente, rompieron de pronto en una tempestad de gruñidos, rugidos y aullidos, y en un instante la llanura, en todo lo que alcanzaba la vista, estaba en conmoción. Cada bestia trataba de despedazar á su vecina. Comprendí lo que esto significaba: Eva había comido la manzana, y la Muerte hacía su aparición en el mundo. . . . Los tigres se comieron mi caballo, no haciendo caso de mis órdenes de que no lo comieran. Lejos de desistir, creo que me hubieran comido á mí también si hubiese permanecido allá; pero no quise quedarme. Hallé por fin el sitio que buscaba fuera del Paraíso, y pasé en él agradablemente unos cuantos días, pero ella me encontró de nuevo. En verdad, no me importó nada que viniese, porque no había allá más que herbajos, y ella llevaba consigo alguna de aquellas manzanas. No tuve más remedio que comerlas. ¡Estaba tan hambriento! . . . Era contra mis principios, pero me convencí de que los principios no tienen fuerza real sino cuando uno se la presta. . . . Llegó Eva con carmín en las mejillas y una hoja de parra en la cintura, y cuando yo le pregunté que para qué quería tales tonterías, bajó los ojos al suelo y se ruborizó. Nunca había visto eso y me pareció idiota. Me dijo que pronto me sucedería á mí lo mismo. Era correcto. Hambriento como estaba, hinque el diente á la fruta y comí media manzana de un bocado—ciertamente la mejor y más sabrosa manzana que nunca había visto, considerando lo avanzado de la estación,—ordenando severamente á Eva que fuese á buscar algunas más y que no hiciera el ridículo con las hojas de parra. Dijo que sí, y lo hizo, y después fuimos juntos á donde se había reñido la batalla animal y cogimos algunas pieles propias para fabricarnos vestidos decentes para las grandes solemnidades. No eran muy confortables, ciertamente, pero fuertes y fáciles de renovar, lo que debe mirarse en los vestidos. . . . Encontré que Eva era suficiente para compañera; comprendí que no me hallaría sin ella, una vez que había perdido mi hacienda. . . . Otra cosa: dice que está ordenado que desde ahora tendremos que trabajar para vivir. Ella será el obrero y yo el director.

DIEZ DÍAS DESPUÉS.—¡Pues no me acusa á mí de haber sido la causa de nuestro desastre! . . . ¡Tiene gracia!

EL AÑO PRÓXIMO.—Le hemos llamado Caín. Ella fué la que lo cogió mientras yo estaba cazando con liga; cogiólo entre los maderos á un par de millas—ó quizás á cuatro, no está bien segura—de nuestra cabaña. Se parece algo á nosotros, y acaso sea pariente. Eso piensa ella, pero infundadamente, á mi juicio.

En resumidas cuentas, es una especie de animal dife-

rente de todos los demás que conozco, nuevo, quizás un pescado, aunque yo lo puse en el agua para probar y se hundió, y fué una suerte que no lo solté del todo para hacer el experimento. Yo creo aún que es un pez, pero á ella le tiene sin cuidado lo que sea; quiere conservarlo, y no me ha permitido hacer nuevos experimentos. No ntiendo esto. La venida de la criatura parece haberla transformado por completo, haciéndola irracional. Se ocupa más de la criatura y piensa más en ella que de todos los otros animales, pero no es capaz de explicar por qué. Todo demuestra que su inteligencia ha experimentado un desequilibrio. A veces pasea con ese pez en los brazos por la noche, cuando el animalito se queja y piden que lo echen al agua. Al mismo tiempo el agua surge por los sitios del frente de ella que sobresalen del cuerpo, y el pez hace con su boca, pegada á ellos, unos sonidos *clo-clo* y deja de quejarse. Esto lo repite Eva muy á menudo, día y noche. Nunca le he visto hacer cosa semejante con ningún otro pescado, lo cual me confunde grandemente. Ella acostumbrada á llevar siempre á su lado los jóvenes tigres y jugaba con ellos, antes de haber perdido nuestra hacienda, pero sólo jugaba. Nunca los tomó en sus brazos ni les dió agua como á este animalito.

DOMINGO.—Ella no trabaja el domingo, pero se revuelca en el suelo con el pez y hace mil estupideces para divertirlo, y pretende hasta comérle las patas, lo cual hace reír el animalito. Nunca había visto hasta ahora un pez que pudiera reirse. Esto me hace dudar. . . Tengo ganas de tener otro animalito así para divertirme también yo los domingos. Inspeccionando toda la semana, no he podido hallar otro cuerpo como ese. Me dedicaré también á buscarlo los domingos. En los antiguos días los peces eran viscosos, pero ahora son muy agradables.

MIÉRCOLES.—No es un pez. No puedo atinar con lo que es. Lanza unos curiosos y endiablados gruñidos cuando no está satisfecho, y cuando lo está hace: *¡je, je!* No es uno como nosotros, porque no habla; no es pájaro, porque no vuela, no es una rana, porque no salta, no es una serpiente, porque no se arrastra; creo razonablemente que no es tampoco un pez, aunque no puedo lograr una ocasión para probar si nada ó no. No hace más que revolcarse en el suelo, cerca de ella, y con mucha frecuencia se tiende sobre sus lomos y pone las patas en alto. No he visto otro animal que haga eso hasta ahora. La he dicho que creía que era una enigma, pero ella ha admirado sólo la palabra, el vocablo, sin entender su significado. A mi juicio, esto es otro enigma. ¡Como no sea alguna especie de chinche! . . . Si se muriera me lo llevaría aparte para hacer un examen de su estructura. Ninguna cosa antes me causó tanta perplejidad.

TRES MESES DESPUÉS.—La perplejidad aumenta en vez de disminuir. Ha cesado de revolcarse y comienza á andar con sus cuatro patas. Duerme, pero muy poco. Sin embargo, difiere de los otros animales cuadrúpedos en que sus patas delanteras son inusualmente cortas, lo cual hace que la mayor parte de su cuerpo se eleve más en el aire, y esto no es atractivo. Parece fabricado exactamente como nosotros, pero su modo de andar muestra bien claro que no es semejante nuestro. Las cortas patas delanteras y lo largo de las traseras indican que pertenece á la familia de los canguros, porque el verdadero canguro salta, y éste nunca aada á saltos. No cabe duda de que se trata de una interesante y curiosa variedad no catalogada hasta ahora. Como yo lo he descubierto, nada más justo que para asegurarme la gloria del descubrimiento le añado mi nombre, y así le he llamado *Canguruum Adamiensis*. . . .

Debía ser muy joven cuando vino, y por eso ha crecido extremadamente después. Debe ser ahora cinco veces más alto que entonces, y cuando se incomoda es capaz de lanzar de veintidós á treinta y ocho veces el gruñido que lanzaba al principio. La coerción no sirve de

nada con este animalito, y aun produce el efecto contrario. Por esta razón he abandonado el sistema. Ella lo refrena por la persuasión y dándole cosas que antes le había dicho que no quería darle. Como he advertido antes, yo no estaba en casa cuando vino, y ella me dijo que lo cogió en el bosque. Parece que era único ejemplar, por más que sea algo raro; sin embargo, debe ser así, porque yo he andado durante muchas semanas explorando el bosque por todas partes para ver de aumentar mi colección y tener otro para mí sólo con quien jugar los domingos, á fin de estar más tranquilo y satisfecho, pero no encontré ninguno, ni vestigio siquiera; y lo más extraño de todo es que no hallé ni huellas. Sin embargo no podía andar sino por el suelo, ¿cómo no dejó huellas? Puse una docena de trampas, pero sin resultado. Cojo en ellas toda clase de animalitos, pero ninguno como éste; animales que acuden á la trampa meramente por curiosidad, creo que para probar la leche, porque nunca la habían bebido.

TRES MESES DESPUÉS.—El canguro continúa todavía creciendo, lo que es muy sorprendente y desconcertador. Nunca creí ni sabía que el canguro creciera tanto. Ahora le han salido pelos en la cabeza. No como los del canguro, sino exactamente como los nuestros, salvo que son más finos y suaves, y que en vez de ser negros, son rojos. Me parece que voy á perder la cabeza antes que logre clasificar zoológicamente á este caprichoso y extraño animalito. Si yo pudiese coger otro igual... pero ya he perdido la esperanza; es una nueva variedad y único ejemplar; esto es evidente.

Cogí un verdadero canguro y lo llevé á casa, pensando que el extraño animalito se alegraría de ver un semejante suyo y haría en seguida muy buenas migas con él, distrayéndose mejor con uno de su especie que entre nosotros, extraños á su modo de ser y costumbres; al fin siempre gusta hallarse entre amigos. Pero me equivoqué; dió tales gruñidos á la vista del canguro, como asustado, que me convencí de que nunca hasta entonces había visto otro. Me compadecí del pobre gruñón animalito, pero no puedo hacer nada para hacerle feliz. Si pudiera domesticarlo... pero no es cuestión de esto; por más que pruebo, cada vez parece que lo hago peor. Me parte el corazón oír sus quejidos. Necesita que lo dejemos irse al bosque, indudablemente, pero ella no quiere ni que se lo diga tan sólo. Esto me parece cruel y despiadado, al contrario que á ella... Sin embargo, acaso ella tenga razón. No obstante, está muy sola... y no puedo hallar otro ejemplar. ¿Cómo haría yo para hallarlo?

CINCO MESES DESPUÉS.—No es un canguro, no; se deja acariciar por ella y anda á pasos cortos con sus patas traseras solamente, llevándolo ella de las manos. Probablemente es alguna especie de oso; y sin embargo no tiene cola como ellos, ni pelo, á excepción del de la cabeza. Aguardo aún que crezca, porque los osos crecen más de lo crecido que él está. Los osos son peligrosos—desde que acaeció nuestra catástrofe—y no me satisface vivir con uno de esos animales, que al hacerse más grande, puede darnos un disgusto. La he prometido traerla un verdadero canguro, para ella sola, si permite irse al osezno; pero no quiere; dice que no está bien, y se halla determinada á correr toda clase de locos peligros por no separarse de este animalito. Ella no era así antes; creo que ha perdido la cabeza.

UNA QUINCENA DESPUÉS.—He examinado su boca. No hay peligro aún; sólo tiene un diente. Aún no tiene cola. Gruñe ahora más que nunca, y sobre todo, por la noche. Me he ido de casa; pero volveré todas las maña-

nas á almorzar y á ver si tiene más dientes. En cuanto se le llene de dientes la boca, será tiempo de irme, tenga ó no cola. Los osos no necesitan la cola para ser peligrosos.

CUATRO MESES DESPUÉS.—Vuelvo á casa y hallo que el osezno tiene la boca llena de dientes; ha aprendido á chapotear por sí mismo y anda en dos pies como nosotros. Además dice: «papá» y «mamá». Es indudablemente una nueva especie. Esta semejanza de sonidos con las palabras puede ser puramente accidental, por supuesto, y acaso no tenga significado alguno; pero aun en este caso es notable y extraordinario: es una cosa que ningún otro oso ha podido hacer. Esta imitación del lenguaje con la general falta de pelo, y la completa ausencia de cola, indican suficientemente que se trata de una nueva clase de osos. Un estudio más completo y detenido de este animal, será sumamente interesante. Voy á hacer una larga expedición á las selvas del Norte y haré una investigación prolija acerca de todas las castas de oso. Indudablemente debo de hallar en alguna parte otro animal de la clase de éste, y éste será menos peligroso cuando tenga con él otro prójimo de su casta. Está decidido; me iré en seguida; pero antes pondré un bozal á éste por si acaso.

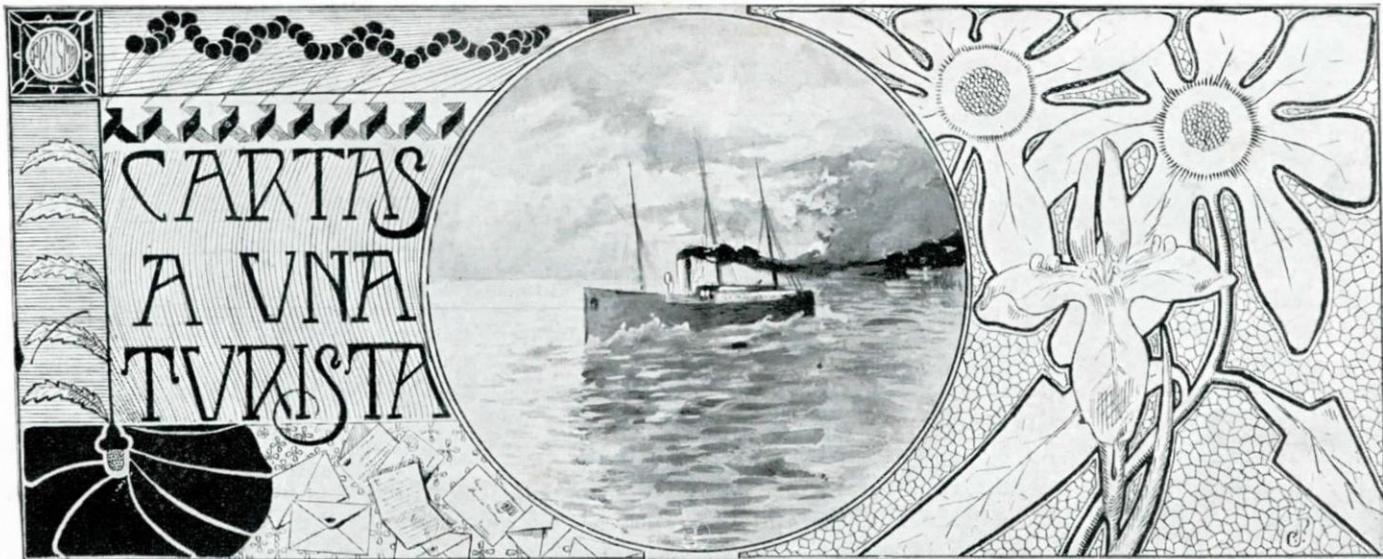
TRES MESES DESPUÉS.—Ha sido una expedición larga, larga y minuciosa, pero sin resultado. Durante mi ausencia de casa, ella ha cogido otro animalito como el anterior. No he visto suerte igual. Aunque yo hubiese recorrido todos los bosques del mundo durante cientos de años, estoy seguro que no hubiera logrado hallar otra criatura así.

TRES MESES DESPUÉS.—He estado comparando el nuevo con el viejo y estoy perfectamente seguro de que ambos pertenecen á la misma especie. Ella llama al nuevo, Abel. La he dicho que iba á apoderarme de uno de ellos para mi colección; pero ella está prevenida en contra, ignoro por qué razones. He tenido, pues, que desistir de la idea, aunque creo que es una tontería de ella. Sería una irreparable pérdida para la ciencia si no se conservase algún ejemplar de ellos para las futuras generaciones. El antiguo empieza ya á domesticarse, y ríe y habla como un papagayo. Pienso que ha aprendido á hablar del loro, con el cual gusta de estar grandes ratos. No me cabe duda, tiene la facultad imitativa en alto grado desarrollada. No me sorprendería mucho que fuese una nueva especie de papagayo, y sin embargo, me sorprendería algo por no haber acertado hasta ahora en su clasificación, resultando no ser ninguna cosa de las que pensé desde el primer día que lo ví y creí que era un pez. El nuevo es ahora como al principio era el viejo. Tiene la misma estructura, las mismas carnes, que no parecen ni carne ni pescado, y la misma singular cabeza sin un solo pelo en ella.

DIEZ AÑOS DESPUÉS.—Eran muchachos. Me convencí de ello hace tiempo. Venían muy pequeños, y poco á poco se iban desarrollando. Estaba loco cuando crecía... pero ¡como no estábamos acostumbrados á ello!... Hay algunas muchachas también. Abel es un buen muchacho; pero si Cañ hubiera sido un oso, le hubiera valido más... Después de tantos años he visto que me había equivocado respecto á Eva, al principio; es preferible vivir fuera del Paraíso con ella, que en el mejor Edén sin ella. Al principio pensé que hablaba demasiado; pero ahora me desesperaría muchísimo que enmudeciera y no oír su voz en el transcurso de mi vida.

Bendito sea el desastre que nos juntó á ambos tan estrechamente y me enseñó á conocer la bondad de su corazón y la dulzura de su aima.





Amada Rosita:

Para los señores psicólogos que alardean de conocer el alma femenina, habrá sido una sorpresa el resultado de la pregunta que hizo *Femina* á sus lectoras: «¿Preferiría ser hombre ó mujer?» Una regular mayoría declara estar satisfecha de su sexo y algunas se fundan en razones de la más pura elevada feminilidad. Una señora, que ha de ser probablemente una mamá tierna y cuidadosa, dice que la mujer no reniega de serlo, porque no puede renunciar, voluntaria y deliberadamente, á la suprema dicha de la maternidad; y otra, que mira cara á cara la penosa misión de su sexo y la acepta valerosamente, declara: «Prefiero ser mujer á ser hombre, porque prefiero sufrir á hacer sufrir». Tengo para mí, que si á esos señores que hacen, á costa nuestra, filosofía barata se les hubiera pedido que prejuzgaran el resultado del concurso, habrían respondido sentenciosamente: «La mujer moderna está demasiado metalizada, demasiado imbuida en las falsas ideas de la igualdad de derechos de ambas mitades del género humano, para que no prefiera nuestra febril existencia á los sencillos goces del hogar». En tanto, los que se pierden de vista de puro sutiles y perspicaces, habrían opinado: «La mujer es demasiado lista para renunciar el imperio de la gracia y la debilidad; sabe que la belleza y la coquetería son omnipotentes y no ha de abandonar el gobierno indirecto, pero positivo del mundo, por las agitaciones del *struggle for life*». Pues estais equivocados, graves moralistas y finos psicólogos; si la mujer está orgullosa de su sexo no es porque no comprenda las ventajas del contrario y deje de apreciar en su inmenso valor, su poder de voluntad y de acción, ni porque mareada por el humo de la lisonja, se consagre exclusivamente al *flirt* y al lujo; es sencillamente, porque cumple sin protestar la ley eterna de amar y sufrir; porque es esencialmente femenino el culto de la abnegación y el sacrificio.

Conste que te proclamo la reina de las corresponsales, pues son tan precisas y detalladas las noticias que en tu última carta me das sobre la inauguración del teatro Réjane, que creo ver erguirse ante mi el esbelto edificio, blanco y oro; páreceme que atravieso el *hall* espacioso y que penetro en la sala, pintada delicadamente de matices pálidos y alumbrada por luz color de rosa, á la vez intensa y suave, y hasta me imagino admirar, en el estreno de *la Savelli*, á la incomparable Réjane, con su picaresca naricilla parisiense y á la bella Lantelme con sus aterciopelados ojos de ensueño, ataviadas con los trajes

de amplias mangas, hombros caídos y faldas ahuecadas por la crinolina de las damas del segundo Imperio, de esa época faustuosa y deleznable, de la que solo quedan, como trágicos fantasmas, Eugenia de Montijo, ciñendo con las tocas de la viudez la abatida cabeza, que un tiempo ostentó, altiva y adorable, la doble corona de la majestad y la divina hermosura, y Carlota de Hapsburgo, alma en pena que vaga por los parques de un castillo austriaco, llamando con su desgarradora voz de loca al gallardo emperador de la áurea barba, sacrificado por Napoleón III en la temeraria aventura de México.

Con deliciosa naturalidad, á través de la cual percibo tu fina sonrisa burlona, me pides que yo también te relate mis veladas teatrales; pues bien, si en este punto tu solo tienes *l'embaras du choix*, aquí también podemos escoger... entre comerlo ó dejarlo, como decía á su mujer el egoísta del cuento, ofreciéndole un pichoncito minúsculo, después de apoderarse de una magnífica perdiz. Imaginate que, por junto, tenemos una compañía del género chico, y tan chico que es preferible dejarlo á comerlo. Parece esto increíble en una ciudad que goza de algún bienestar económico, donde se maneja el dinero con un desprendimiento rayano en el despilfarro, que posee cierto grado de cultura artística y que tiene un personaje, no sólo activo y emprendedor, sino de aquilatado gusto literario, como lo demostró plenamente en la traducción de Papá Lebonnard, el conmovedor y tierno drama, que fué uno de los mayores triunfos de esa brillante compañía Thuillier, de la que aún sentimos la nostalgia en Lima.

No pretendo por cierto que nos visiten María Barrientos y Caruso, Eleonora Dusse y Coquelín, pues bien sé que Buenos Aires es la única capital sud americana que puede darse tales lujos; pero también es clamoroso que pasen largas temporadas sin que suban á la escena sino piecitas de chiste dudoso é inludable inmoralidad, que alejan del teatro á las familias y pervierten el gusto del público.

Algo profana resulta mi carta para esta época de místico recogimiento, en que la amplitud solemne de los templos se puebla del rumor de las plegarias, del frú-frú de las faldas crujientes, del tintineo cristalino de los rosarios; he caído en la tentación por contestar á tus frases risueñas y mundanas y por lo tanto te corresponde parte de la penitencia que por este pecadillo le impongan á tu afectísima

ARACELI.



DE Francisco Villaespesa, joven y simpático poeta español, sólo me era familiar un libro: *Rapsodias*. Había en él, tan cálido sentimiento, tan intensa emoción, que tentado estuve de dedicarle una entusiasta nota crítica. Pero como este oficio de criticar, es de suyo propenso á deslices, esperé pacientemente el que me fuera dado conocer toda su obra literaria para aventurar la insignificancia de mi opinión.

Francisco Villaespesa no es un gran versificador ni un lírico de alto vuelo; pero es indudablemente un poeta, por la delicadeza de su decir, por el apasionado y armonioso ritmo de sus estrofas. Triste como todos los soñadores, amante como todos los poetas, sólo comprende la vida con labios repletos de besos y con ojos rebosantes de lágrimas. Si de cuando en cuando un grito de rebelión y de angustia, vibra en su poesía, es para tornar luego á sumergirse y á orar, en su religión de piedad y de amor.

Recemos por las penas que sufrimos
por las que sufriremos
por los que ayer nosotros enterramos
por los que asistirán á nuestro entierro
por tí, por mí, por Dios, por todos juntos
¡Por ese amor inmenso
que es como una oración que se levanta
del barro de los mundos hasta el cielo.

Sin artificio ni amaneramiento su verso naturalmente sencillo y cadencioso, es el perfumado estuche de un sentimiento la dorada prisión de una idea. Su poesía es humana y sincera, y es por lo humana dolorosa y por lo sincera conmovedora. Más que admiración provoca cariño su pobre alma desgraciada, suave y femenina. Se nos entrega sin galas ni oropos de cortesana, puro en la desnuda belleza de su espíritu.

Este poeta con su sencillez, su sentimentalismo y su tristeza, me recuerda á aquel maestro melancólico y divino, Gustavo Adolfo Becquer, alma infeliz y sublime, que vertió en silencio y gota á gota sobre el dorado cáliz de las *Rimas*, la hiel de su dolor y la infinita amargura de sus lágrimas de sangre.

Si Villaespesa se acerca á Becquer en sus últimos libros sobre todo en *Tristitia rerum*; no sucede lo mismo con *El alto de los Bohemios* y *La copa del Rey de Tule*, obras en las que se nota una marcada tendencia modernista, de métrica complicada y retórica convencional. Podemos decir que en sus primeros pasos Villaespesa sintió la sugestión de los poetas franceses, le sedujeron las

cabalísticas armonías de Stephane Mallarmé, las tristes lubricidades de Verlaine y el perfume capitoso y malsano de las *Flores del mal*. El estudio de modelos tan poco apropiados á su temperamento y tan poco acordes con su ser estético y moral, desvió su inspiración hacia temas y motivos artificiales y falsos. Felizmente duró poco este entusiasmo modernista. Aplacado el *snobismo* de la primera época y olvidado el fervor por lo francés, principió á ser poeta con personalidad propia. Rompió con su pasado de amaneramiento, para poder ser natural y sencillo, y abandonó su primer impulso de falsificar literatura, para cantar como ha cantado su propio sentimiento y su propia emoción.

Es un curioso fenómeno de psicología literaria, sin cesar repetido, el de que un escritor desoyendo los llamados de su espíritu, se entregue á la imitación de autores de última hora y encarne su pensamiento en formas viciosas ó postizas. Es natural y es lógico que los literatos que se inician cultiven con predilección la escuela ó manera que más se aviene con sus tendencias y aptitudes artísticas. Por desgracia no siempre suceden las cosas así. Los primeros momentos, cuando recién se esboza y delinea una personalidad literaria, constituyen una época priligrosa de dudas y tanteos, en la que es muy fácil errar. Las múltiples solicitaciones de la moda, del exotismo, del colorido caprichoso, de todo lo que es raro y deslumbrador; inclinan la imaginación del principiante á una concepción artística viciosa ó degenerada. Rara vez desde los primeros pasos los escritores se enderezan por caminos de buen gusto y muchos son los talentos fracasados, en este prurito de inventar novedades y fabricar *pastiche*s literarios:

Francisco Villaespesa supo reaccionar y sacudirse de la superstición modernista. Entre los versos que fustigó el inolvidable *Clarín*, y los que actualmente escribe hay una transformación completa y profunda. Hoy no le entretienen los arpegios métricos, las visiones macabras y las sensaciones complicadas, hoy su poesía es alma, sangre y verdad. Sus evocaciones históricas tienen por motivo: los palacios heráldicos, las mansiones blasonadas que animó el *minué* con su ceñida distinción, y la *parana* con su señorial galantería, salones nobiliarios en donde:

sobre las floridas
cornucopias doradas,
ceremoniosamente
se refleja una vaga,
inclinación de lentas
pelucas empolvadas.

No sólo hay desolación y tristeza en los versos de este poeta; también hay paisajes sobre los que sopla un viento de naturaleza y un aroma de campiñas en flor y también tiene cuadros de vida española, rimados con alegría sonora, con rojo de claveles y chispazos de sol:

Entre los encajes de alguna mantilla
contemplé en las sombras brillar tu mirada
no se sí en un viejo patio de Sevilla
ó en algún florido carmen de Granada.

Quizás fué soñando mientras embriagada
el alma de coplas y de manzanilla,
junto á la guitarra se durmió, arrullada
por las vivas notas de una seguidilla.

Solo sé que bajo refulgentes cielos
al pie de tus rejas mataron mis celos;
que por ti á los campos me lancé sin pena

y sangrientos crímenes cometió mi horda,
y hasta los jarales de Sierra Morena
te robé en la grupa de mi jaca torda.

Tal es Francisco de Villaespesa, poeta de la nueva generación, de esa brillante generación de escritores que entusiastas y llenos de fé, son hoy en España como un símbolo de renacimiento, como un verde brote primaveral.

RAIMUNDO MORALES DE LA TORRE.

EL "REAL FELIPE"

EL CALLAO DE LIMA

I

¿Cuál es el origen del nombre Callao, dado al puerto de la Ciudad de los Reyes?

Precisa resucitar esta vieja cuestión.

Callao, es vocablo castellano: lo dice su constitución filológica, y lo dice, también, el hecho de figurar como tal en los diccionarios de la lengua.

Hay que desterrar, entonces, toda discusión, toda teoría basada en la corrupción de palabras de otros idiomas.

Callao significa una piedra pequeña, sin esquinas, de formas curvilíneas. Son sus sinónimas las palabras guijarro, china y peleto.

Y de esa piedra está constituido el suelo de la vecina rada.

Por extensión se llama *callao* á toda costa, á toda playa, cuyo suelo está cubierto ó formado por las piedras del mismo nombre, y, he allí que, á la costa de Lima, cubierta de ellas, se le llamó *Callao*.

Callao es, pues, sustantivo ó nombre común, y, con el tiempo, hubo de convertirse en nombre propio, no solo de una zona y del presidio en ella establecido, sino también del puerto y pueblo actuales.

Esta evolución del nombre común para constituirse en nombre propio es de lo más corriente.

Ancón, palabra con que se designa una ensenada pequeña en que pueden fondear las naves, es el nombre de un puerto. Barranco y Barranca, hendiduras profundas formadas por las aguas, son las denominaciones de una ciudad y de una villa. Chorrillos no se aparta de esta regla; como las palabras *pedregal*, *cascajal* y otras que se han convertido en nombres propios.

Callao significa, pues, costa ó playa de mar.

II

Preconcebida esta noción, es necesario ver si los documentos públicos, las primitivas relaciones históricas,

las crónicas de los primeros años de la vida colonial, armonizan con ella.

Se importa la palabra en documento escrito de 10 de febrero de 1547. En las instrucciones que el clérigo don Pedro de la Gasca da al tornadizo capitán de Gonzalo Pizarro, don Lorenzo Aldana, dice: «Que en el *callao de Lima* á la lengua del agua se derrame un despacho que lleva el señor Lorenzo de Aldana».

Sustitúyase la palabra *callao* con la palabra *costa* ó *playa*, y entonces se vé claramente su significación y se aprecia bien el propósito que perseguía Gasca: procurar que llegase á noticia de los moradores de Lima, el objeto de su misión, las promesas de perdón, sus llamamientos á la obediencia debida al Soberano. Si se tiene en cuenta que en otro ítem de las instrucciones dice la Gasca «Que en el *puerto de Lima* tomen todos los navíos y barcos que se hallaren, y se detengan allí lo menos posible.....» se vé que el Gobernador establecía diferencia entre el puerto y la costa de la ciudad de Lima.

Haciendo el mismo cambio de la palabra *callao*, por la de *costa*, en todos los siguientes pasajes de documentos ó historias que mencionan el puerto, se ven con claridad, las ideas, y cómo armonizan éstas, con la palabra escrita.

Habla Cieza de León: «Diego de Alvarado se dió tal maña, que se embarcó en el puerto *del callao de Lima*, é salió del Perú.....»

«La armada no halló en el *callao de Lima* más de un navío que había vuelto del viaje que Ulloa hizo á Chile é llegado al puerto de Lima después que Gonzalo había echado al fondo nueve naos.....»—(Carta de la Gasca al virrey de Méjico don Antonio de Mendoza en 1547).

Consta del acta de cabildo del viérnes 25 de enero de mil quinientos sesenta y seis, que los cabildantes «dije: que porque haya en el *puerto y callao de esta ciudad*, cuenta y razón con los navíos que entran y salen y bas-

timentos que traen para el proveimiento de esta dicha ciudad....»

Se podían multiplicar las citas, pero las hechas bastan para el propósito.

III

En torno del tambo, de que hablan las actas de los cabildos del Ayuntamiento, se han levantado los ranchos de los individuos á quienes la lucha por la vida obliga á permanecer en las orillas del mar, *en el callao de Lima*.

En 1555 es aquello el germen de un pueblo. Hay allí una sociedad y toda asociación humana requiere una autoridad que haga cumplir las ordenanzas, que dirima las controversias, y, tratándose de un puerto, que vigile y examine las cosas que se embarcan y desembarcan. Juan Astudillo Montenegro recibe orden del Ayuntamiento de Lima, para que, como Alguacil mayor, nombre un teniente, que resida en el puerto de la ciudad.

La historia ha conservado el nombre de esa primera autoridad del Callao: se llamó Christóval Garzón.

Los moradores pedían también la propiedad del pedazo de tierra que ocupaban: el amor al suelo en que se establecía el hogar, despertaba el deseo de asegurar el derecho adquirido, y el Ayuntamiento encargóse de distribuir solares entre los pobladores.

La iglesia también reclamó su derecho de elevar la cruz, que es su estandarte, en el centro de la colectividad naciente, y el vicario don Agustín Arias obtuvo del Ayuntamiento, el 21 de octubre, del año indicado de 1555, dos solares para edificar en ellos la iglesia y la casa parroquial.

En 1566 ya el pueblo ha crecido en población é importancia; la vida es más activa; más numerosos los negocios, y, como consecuencia, las divergencias entre particulares se multiplican.

Por otra parte la reunión de individuos de distintas razas, clases y condiciones y de elementos malsanos, exigía una autoridad con mayor suma de facultades; una centralización de poder, para que la administración de justicia fuera más rápida y efectiva; pero siempre limitada y dependiente de la potestad comunal que residía en el Ayuntamiento de Lima.

Para esto, y á petición del licenciado Alvaro de Torres, Procurador Mayor de esta ciudad, los cabildantes «dijeron que por que haya en *el puerto y callao de esta ciudad*, cuenta y razón con los navios que entran y salen y bastimentos que traen para el proveimiento de esta dicha ciudad, y en los mesones y tabernas que se guarden la orden que por esta ciudad está dada y se diese en lo que más conviniese; y para que los hombres de mar vivan bien y no hagan daño ni perjuicio á los naturales ni otras personas que están y residen en el dicho puerto, y que los negros que andan con las carretas y barcos y otras granjerías estén recojidos y no hagan hurtos y no se atrevan á ir y á entrar en los ranchos de los indios sin

licencia, ni les tomen sus haciendas, y para otros casos que cada día se ofrecen; ha parecido cosa conveniente que á más de la visita que en cada semana han de hacer la justicia, oficiales y ejecutores y todas las veces que les pareciese, haya persona de toda confianza que con el nombre de Alcalde de dicho puerto, nombrado por este cabildo asista en él, siendo vecino de esta Ciudad y por tal recibido; que de otra manera para que en el dicho puerto conozca de los casos que aquí irán declarados, y no más sin expresa comisión en lo general de esta ciudad, y en lo particular del Corregidor que es ó fuese, ó de la justicia ordinaria, trayendo vara de justicia como tal Alcalde, la cual elección se ha de hacer en cada un año....»

El año 1555 marca el nacimiento del Callao, y el de 1566 el del principio de su autonomía.

IV

En el documento inédito, que se publica en el capítulo primero de esta obra, se ha visto que ya en 1558 existía en el puerto de la ciudad un Tambo real, ó sea un depósito fiscal, á donde se depositaban las mercaderías y bastimentos que conducían las veinte ó veintidos naves, que, según el Palentino, no faltaban en el puerto en 1555.

Al año 1567 corresponde la creación del primer convento, de frailes dominicos. En 1590 los jesuitas establecieron su casa en la parte que dá á la boca del río, la que trasladaron más tarde al lado opuesto.

Los franciscanos, en 1593; los agustinos en 1594; los mercedarios y los juandedianos levantaron también sus edificios religiosos, y, en el siglo diecisiete, ya el Callao ofrece el aspecto de una población llena de vida, tal como se hallaba en 1629 cuando de ella se ocupa el padre Cobo, en su interesante obra «*La fundación de Lima*»; y tal, también, como la describen las crónicas agustinas.

Desde abordó del navío, que, con sus velas desplegadas, surcaba magestuosamente las tranquilas aguas de la bahía, en pos de su fondeadero, la ciudad se presentaba esplendorosa, elevándose en toda ella, sobre sus ochocientas y más casas, las cúpulas y campanarios de sus templos, mientras allá, en el fondo, como escondida entre el verdor de los campos, se hallaba recostada la reyna de las ciudades, dejándose adivinar por las elevadas torres, domos y minaretes de sus iglesias y edificios.

Tanta grandeza del Callao, no vuelta jamás á reconquistar se deshizo el veintiocho de octubre de 1746.

La tierra se estremeció, como campo de arbustos batido por recio huracán y una ola gigantézca condujo á las naves á tierra por sobre todos los edificios; y, al retirarse, quedaron solo los escombros de la floreciente ciudad.

El tiempo, con su pasar, y las fuerzas vivas y latentes de la naturaleza, todo lo destruyen, y solo subsiste el poder que preside la sucesión de los siglos y ordena las potencias de la materia.

ANÍBAL GALVEZ.





Nuestras abuelas, benditas mujeres que en gloria estén, que alcanzaron los tiempos de Avilés, Abascal y Pezuela, cuando querían exagerar la necesidad ó tontería de una persona decían que era un *cándido de calilla*.

Los seminaristas en el Perú (y no sé si en las demás colonias), por imitar á los estudiantes de Salamanca, dieron desde el siglo XVII en mantear á los colegiales novatos y á los acusones, y en aplicar *calillas* á los que, por afeminamiento, pobreza de espíritu ó candidez, estimaban merecedores de aquéllas. Eso era como los rehetes de fuego sobre el testuz de toro que no remata suerte.

A estas insolencias, nunca penadas con ejemplar castigo por los rectores, se dió el nombre de *colegialadas*, y no sólo las festejaba el público, sino que entraron en las costumbres sociales. Contábase en los salones, como gracia, y se desternillaban de risa los oyentes, que á tal o cual mentecato le habían *echado calilla ó melecma*, como dice Cervantes.

Previo este preámbulo, paso á hacer el extracto de un auténtico proceso, que á la vista tengo, no sin consagrar antes un párrafo á la descripción de la ciudad que fué teatro del suceso.

I

Trujillo, ciudad amurallada que á tres leguas del mar (pues hoy su principal puerto es Salaverry) fundó Francisco Pizarro en

1535, es cabecera de valles fertilísimos, y en su circunscripción se encuentran las haciendas más productoras de azúcar. Es hecho histórico, suficientemente comprobado, que la hacienda de Trapiche, en el valle de Chicama, fué la primera del Perú en que, por los años de 1580 se sembró caña, cuya semilla ó planta vino de México. Han corrido tres siglos, y hoy la producción de azúcar no baja de cincuenta mil toneladas al año.

Al bautizar Pizarro con el nombre de Trujillo á la nueva ciudad, hízolo en conmemoración de la población extremeña en que él naciera, y con el propósito de que rivalizara con Lima. Principió dotándola con convento é iglesia de las órdenes dominica y franciscana, viniendo más tarde el establecimiento de mercedarios, agustinianos, jesuítas y beletmitas. Las monjas clarisas y las carmelitas de Santa Teresa vinieron en los tiempos en que la población de Trujillo excedía de quince mil almas, tiempos que fueron de positivo apogeo para la ciudad.

En 1609, y por breve de Paulo V, se efectuó la erección del Obispado, estrenándose en 1616 la Catedral, cuya fábrica, realizada con el óbolo del vecindario, era suntuosa.

Fatalmente Trujillo rivaliza con Lima hasta en la frecuencia de los temblores; y á los ochenta y cuatro años de fundada, un día del año 1619, á las once de la mañana, espantoso sacudimiento de tierra, cuya violencia duró cerca de tres minutos, convirtió en escombros la hasta entonces alegre y progresista ciudad.

Trató, por entonces, el Cabildo de la traslación á otro lugar en donde la ola sísmica no había causado estragos; pero la mayoría de los vecinos se opuso al propósito, y procedióse á la reedificación. La de la nueva y actual Catedral quedó terminada en 1666.

Años luctuosos para Trujillo, además del ya apuntado, son el de 1725, en que un día, también á las once de la mañana, un fuerte temblor que duró poco más de un minuto, echó por tierra seis casas, maltratando el resto de edificios, y el de 1759, á las once de la noche, cuya violencia y daños casi lo igualaron con el terremoto de 1619.

Los trujillanos tuvieron siempre humos muy aristocráticos; y tanto que los burlones limeños decían de aquellos que, en la plaza mayor, tenían enterradas, como reliquias caballerescas, una costilla y la lanza de Don Quijote. Blasonaban los buenos hijos de Trujillo de que el escudo de armas otorgado por Carlos V á su ciudad, fué el primero que hubo en el Perú, pues el de Lima fué expedido por el monarca con posterioridad. Duélenos *disilusionar* á los trujillanos comprobando que no están en lo cierto.

En el *Nobiliario de Indias*, publicado en 1892 por la Sociedad de bibliófilos andaluces, figura una real cédula dando escudo de armas á Trujillo.

Resulta de lo dicho (¡cuánta honra para mis tataranietos y choznos!) que, nada menos que en treinta días, está la noble Lima sobre la noble Trujillo. ¡Y que no valga!

En lo que sí lleva ésta indisputable ventaja nobiliaria que yo, si fuera trujillano, no cambiaría ni por una cajetilla de cigarros, es en que mientras los alcaldes del Cabildo de Lima, nunca pasaron de caballeros de hábito, condes ó marqueses, Trujillo tuvo por alcalde á todo un príncipe. ¡Cómo ha de reír la humanidad futura de la estulticia y candidez americana que fincaba orgullo en futesas tales!

II

D. Juan Bazo y Berry, que alcanzó á ser oidor en la Real Audiencia de Lima y que, después de jurada la Independencia, se embarcó para España, desempeñaba el cargo de teniente asesor en la intendencia de Trujillo.

Fué D. Juan Bazo y Berry quien más influyó para que en la sesión que celebró el cabildo el 1.º de enero de

1793 se eligiese, como en efecto se eligió, para alcalde de Trujillo al príncipe de la Paz y duque de Alcudia D. Manuel Godoy y Alvarez, disponiéndose que, por residir el electo en España, se entregase, en calidad de depósito, la vara de justicia al alférez real D. Juan José Martínez de Pinillos. Sabido es que Godoy aceptó la honra que los trujillanos le dispensaban, y que obtuvo del rey tres ó cuatro cédulas, acordando mercedes á la ciudad y á su puerto. El hombre era agradecido.

Sigamos con Bazo y Berry, dejando dormir en paz al favorito de Carlos IV.

En el primer año de este siglo que ya agoniza lo ascendió el rey á oidor de la Audiencia de Buenos Aires. ascenso que provocó envidiosas murmuraciones entre los leguleyos de la ciudad. Distinguióse entre los maldicientes un abogadillo ramplón, á quien nadie encomendaba la defensa de un pleito porque, amén de ser piramidal su reputación de bruto é ignorante, era persona ridícula de quien todos se mofaban, recargándola de apodos.

Habíase educado en un colegio de Lima; pero el colegio no entró en él, como decía el obispo Villarreal hablando de su convento. Mas tuvo padrino poderoso en el claustro universitario, y por aquello de *accipiamus pecunia et mitamus asinus in patria sua*, le dieron el diploma de licenciado en leyes.

Un chismoso llevó á oídos de doña Josefa Villanueva, esposa del nuevo oidor bonarense, las ofensivas palabras que el licenciado D. Mariano de Mendoza profiriera en uno de los corrillos, siendo una de las más graves injurias haber dicho que las oidorcitas, hijas de don Juan Bazo y Berry, eran unas señoritas del pan pringado.

Otro que tal llevó idéntico chisme á don Francisco Bazo y Villanueva, mancebo de veintiún años, seminarista ordenado de cuatro grados, y que había merecido del Virrey inglés el título de sacristán mayor de Cajamarca, empleo nominal muy codiciado, pues daba honra y renta (muy pequeña) sin ocasionar gran fatiga.

Entre madre, hijo y hermanas formaron un consejo de familia, y por unanimidad de pareceres se resolvió apliarle un par de calillas al licenciado don Mariano de Mendoza, en castigo de su bellaquería.

III

Con fecha 2 de diciembre de 1801 presentó Mendoza, ante el ilustrísimo obispo Minayo y Sobrino, un recurso querellándose contra el seminarista ordenado en grados menores don Francisco Bazo y Villanueva, porque éste, con el pretexto de que tenía una carta que entregarle, le llevó á su casa en la tarde del domingo 29 de noviembre, lo condujo á una de las habitaciones interiores, y con sus criados, que le menudeaban golpes, le hizo vendar los ojos y acostar sobre un colchón. En seguida le aplicaron dos velas de sebo, lo pusieron en la puerta de la calle, y le dieron un puntapié, festejándose la colegialada por la oidora, las oidorcitas y amigos y amigas que las acompañaban, amén del famulicio que actuara en el ultraje.

El seminarista don Francisco, á quien el obispo corrió traslado del recurso, se vió, como dicen, en mula chúcaro y con estribos largos, ó sea en calza prietas, pues la colegialada podía costarle, por lo menos, la expulsión del Seminario y crear obstáculos para el logro de su aspiración al sacerdocio. Por eso, á la vez que intrigaba para entrar en componendas con el querellante, contestó al traslado pidiendo que Mendoza afianzase la calumnia, petición que fué apoyada por el promotor fiscal.

Así la opinión pública como la rectitud del obispo Minayo y Sobrino favorecían á la infeliz víctima del insolente colegialito; pero, repentinamente, fué general el cambio de simpatías, y todo Trujillo convino en que Mendoza era digno de que en él se consumiera todo el sebo de las velerías del Perú.

IV

Yo también, después de un siglo cabal del suceso, opino lo mismo ¿Por qué? Porque Mendoza, con fecha 7 de diciembre, firmó un recurso, á presencia de dos testigos, en el que se desistía de la querrela contra el seminarista, su señora madre y hermanas, á quienes confesaba haber agraviado con su falta de consecuencia al buen trato que de esa familia había siempre merecido. Agregaba que, estando ya su espíritu más sereno, reconocía que Francisco, el futuro presbítero, no había desempeñado otro papel que el de mirón en una broma de la señora y de las niñas.

En el mismo día recayó sobre este recurso de desentimiento, el siguiente notabilísimo auto: «Por desistido; pague el suplicante las costas, y archívese.—EL OBISPO.—Ante mí, *Merino*.»

Aquí, con el auto en que no solo se quedaba el licenciado muy fresco con las calillas dentro del cuerpo, sino que hasta las pagaba con el dinero que, por costas judiciales, se le condenaba á satisfacer, creará cualquiera fenecido el juicio. Pues no, señor; todavía hay rabo por desollar.

V

Si estúpido y sin vergüenza estuvo Mendoza con su recurso de desistimiento, tres días después acabó de consolidar su reputación de tonto de capirote, presentando un nuevo escrito que, por ser típico, quiero copiar *ad pedem literæ*.

«Ilmo. señor: El licenciado Mendoza en los autos criminales contra doña Josefa Villanueva, sus hijos y criados, digo: Que el día lunes de esta semana, 7 de diciembre, como á las diez de la mañana, el regidor D. José de la Puente me trajo cien pesos, en seis onzas de oro, para que me desistiese del pleito, con más un escrito de puño y letra de la parte contraria para que lo firmara. En efecto, así por que me hallaba en cama con las costillas maltratadas, como por que con ese dinero podía ayudarme para la curación, alimentos, médico y medicinas, accedí á firmar dicho escrito. Pero como documentos que se hacen bajo la opresión, siempre que se reclame con tiempo, no valen ni hacen fuerza, á Useñoría Ilustrísima rendidamente suplico se sirvan mandar la prosecución del juicio, y que se proceda á la sumaria.»

—¡Vaya un hombre para indigno! ¡Valiente gasnápíro!, exclamó el obispo después de oír leer por el notario Merino este recurso.

Consideró su señoría que sería el cuento de la buena pipa ó de nunca acabar el seguir admitiendo recursos de un *calillado* de condición tan bellaca. Es dar puñaladas al cielo ó intentar lo imposible el imaginarse que de un imbécil pueda sacarse un hombre discreto.

He aquí el auto final que dictó el ilustrísimo señor obispo:

«No ha lugar, no ha lugar y no ha lugar. Quédese el suplicante con sus calillas, ú ocurra donde le conviniere, no siendo ante esta curia eclesiástica.—EL OBISPO.—Ante mí, *Merino*.»

RICARDO PALMA.

IGNOTA

Era una clara noche primaveral y cálida donde lució el prestigio de tu belleza pálida. Recuerdas?... desde lo alto las estrellas tranquilas distantes y plateadas besaron tus pupilas, la brisa nos llenaba de un perfume divino, las hojas alfombraban el oscuro camino, en la sombra el follaje se pobló de armonías; y tu alma bajo el lloro de mis melancolías abrió el cofre aromado de sus consolaciones hecho por los duelos de tantos corazones. Te amé esa noche y sólo de ayer te conocía, eras en ese instante la adorada, muy mía. ¿Porqué tuve esa plena confianza de sectario para tejer contigo el íntimo rosario de frases con que brotan las gratas confidencias para alumbrar el pórtico de las tristes conciencias? Afinidad secreta, conjunción fuerte y honda que nos unió esa noche bajo la verde fronda, cual si la misma suerte nos hubiese ordenado, cual si la misma estrella nos hubiese guiado, y una igual pesadumbre nos hubiese dolido y la misma esperanza hubiéramos perdido. Toda, toda la vida se juntó en ese instante: el pasado perdido y el porvenir distante se unieron en el broche de un igual desencanto ya que todo es miserias, sangre, lodos y llanto! Tu voz sonaba en mi alma como un celeste idioma, una suave ternura nos llenó con su aroma; y acaso por lo mismo que del amor no hablamos fué aquella dulce noche la única en que amamos! Tal vez hace centurias peregrinos errantes lloramos el martirio de penas lacerantes;

y ahora bajo el palio de una noche luciente se unían nuestras almas á llorar nuevamente la pena inconsolable de comprender la vida, es seguir tras la pompa de la ilusión querida que fuertemente en todos los humanos florece y que más tarde en nubes de humo se desvanece. Eras flor de tristeza, melancólico lirio lleno de la aristócrata palidez del martirio; tu vida era una lucha de encontradas pasiones donde un instinto viejo vencía á tus blasones, habías procurado triunfar de los prejuicios, ibas con tus virtudes más allá de los vicios; y sin embargo apenas una ilusión moría tu corazón sencillo de dolor se partía. Eras buena; tus frases tenían el cariño que se pone en los cantos para dormir á un niño y yo con esa música de todo me olvidaba: quizás hasta lo mucho que, oyéndola, te amaba. Fuiste tú, mi ignorada, santa desconocida, la mujer buena y única que comprendió mi vida, la que al darme el presente divino de su llanto me hizo olvidar al tiempo que me atormenta tanto. Hemos llorado juntos una idéntica pena; y sin embargo ahora pasas fría y serena sin que tus grandes ojos me miren tiernamente con el langor dulcísimo de esa noche doliente. A veces me pregunto si todo un sueño ha sido, yo siento la nostalgia de ese instante de olvido; y añoro tus palabras pías y evocadoras que un día detuvieron la fuga de las horas!

JOSÉ GALVEZ.

Lima, febrero de 1907.

DE PROVINCIAS

Inundaciones de Tambo de Mora.

El río de Chincha—que irriga el importante valle de su nombre—amenaza desde 1899 destruir al simpático y laborioso puerto de Tambo de Mora; pues de año en año, durante la época de las avenidas, ha ido avanzando en su obra destructora, sin que lo puedan impedir los ingentes capitales invertidos en defensas, ni el esfuerzo constante de los vecinos de esa playa.



Tambo de Mora.—Puente, río y sur de la población

En estos últimos días las aguas del mencionado río han aumentado considerablemente en su caudal, cargándose hacia el brazo que divide el puerto y arrastrando con su torrente las defensas construídas para salvar las propiedades urbanas que aún quedan á ambos márgenes del río.

El débil puente—falto de apoyo en el muro izquierdo que ha sido destruído por el río—comienza á ceder y su desaparición sería de sentir, por los importantes servicios que presta, estableciendo la comunicación entre ambas secciones del puerto y aun en la parte baja del valle.

Al decir de algunos tambomorinos antiguos, la parte del puerto invadida por el río, fué ahora más de 100 años desembocadura del mismo; lo que al ser cierto, éste, no hace otra cosa, sino recuperar sus antiguos dominios usurpados imprudentemente por la mano del hombre.



Tambo de Mora.—Río y puente

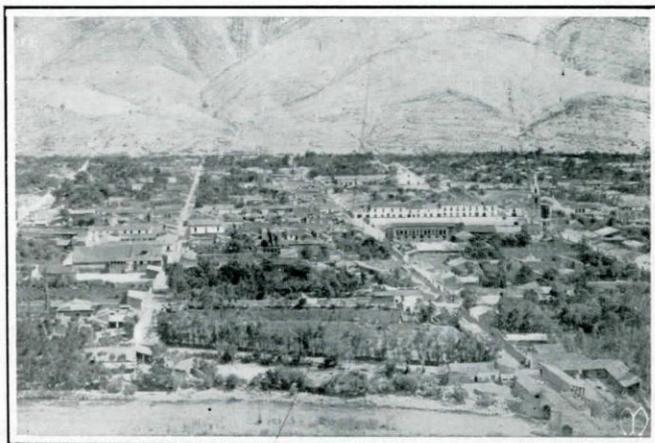
Fotos D'Angelo

Huánuco.

El señor Laffose, candidato á la diputación por Huamalíes, nos ha proporcionado las vistas que publicamos, y amplios datos que sentimos no poder publicar íntegros.

La ciudad de los caballeros de San León de Huánuco, es la capital de la provincia, distrito y el Departamento que lleva su nombre.

La población presenta un plano extenso que no guarda relación con el número de pobladores.



Vista de Huánuco

Sus calles son rectas y tiradas á cordel, de tal modo perfectas, que desde el comienzo de cada girón se puede ver el fin, yendo todos á desembocar á una alameda que se encuentra algo descuidada.

La población del cercado fluctúa de mil seiscientos á dos mil habitantes.

Los techos de los edificios son de tejas.

El clima es templado y benigno, azotando la ciudad fortísimos vientos de dos á seis de la tarde.



Vista de Llata, capital de la provincia de Huamalíes

Existe un puente de cal y piedra que se ve en el grabado, sobre el río Huallaga y que pone en comunicación la ciudad con los pueblos de Santa María del Valle, Panna, etc., y es el camino obligado á la región montañosa.

La segunda de las vistas que publicamos es de Llata, importante ciudad de la provincia.

¿La mujer es feliz?

UNA revista francesa muy favorecida por el bello sexo parisiense hizo una *enquête* entre sus suscriptoras para conocer la opinión predominante sobre la importante cuestión de saber si la mujer estaba contenta con su sexo. La averiguación valía la pena de hacerse porque generalmente salen de los labios femeninos frases como esta: «Oh, si yo fuera hombre». «Si mi sexo no me impidiera hacer esto». «Cómo pudiera yo tener la libertad del hombre». Estas y otras exclamaciones frecuentes que se escapan como un reproche á la naturaleza que hizo debil á la mujer, ó á las leyes que la han creado limitaciones en lo acción y convertido en un ser adjetivo, cuya importancia é influencia depende del sexo feo, hace suponer que la mujer está descontenta de serlo y que mira con no bien disimulado rencor al hombre, el verdadero amo de la sociedad y el más favorecido por la naturaleza y la ley en el reparto de las prerrogativas y privilegios. Y esto es tanto más presumible cuanto que si es posible que muchas mujeres desearan ser hombres, no hay un hombre, verdaderamente digno de serlo, que deseara ser mujer. Y es que el hombre tiene la conciencia de que su condición es sin duda la más favorecida.

No obstante todos estos juicios y presunciones el resultado de la *enquête* ha sido humillante para el sexo que se afeita: la mujer—por lo menos la mujer francesa—está satisfecha de serlo y no cambiaría de sexo, probablemente porque encuentra despreciable, repugnante é inferior la condición del varón, ó bien porque espera que en un porvenir próximo ó lejano habrá adquirido ó conquistado los privilegios y supuestas superioridades viriles, sin perder las que son anexas al sexo femenino. La redacción del periódico que promovió la *enquête* recibió 7198 respuestas á estas preguntas. «¿Sois feliz de ser mujer?—Preferiríais ser hombre?—Qué carrera habríais seguido si hubiérais sido hombre?»

Una formidable mayoría ha manifestado que prefiere pertenecer al sexo femenino, pues 4897 votos se han declarado en este sentido; y solo 2301 votos han manifestado la preferencia por el sexo fuerte.

Mme F. de la Pena escribió «Nuestra gloria, nuestra fuerza, nuestra razón de ser es la maternidad. ¿Qué ambición vale lo que esta? Hay honor alguno del que no se canse uno á los seis meses? Interrogad á las personas célebres y os dirán que en muchas ocasiones su celebridad les pesa sobre las espaldas horriblemente. ¿Hay madre alguna que se haya cansado de serlo? La felicidad no es en suma sino el olvido de la muerte. Pues bien, la madre sobrevive en su hijo y por él, ella morirá sonriendo. El padre absorbido por sus trabajos no tiene las penas y las alegrías que hacen de la tarea maternal la más penosa y las más sublime. En ella no hay diferencias de casta ni de fortuna: el extasis que producen el primer paso, la primera palabra, la ansiedad con que la madre

se inclina sobre la cuna en que sufre el pequeño ser es la misma en el rico que en el pobre, en la avenida del bosque que en Pantin...»

Otra de las respuestas, la de Mme. Glif es concisa e impregnada de un pesimismo altruista y evangélico. «Ser un hombre? Hacer sufrir? No. Prefiero sufrir y yo misma» La razón es bella, pero cabría preguntar á esta señora de alma tan bondadosa y abnegada, si cree que sólo los hombres hacen sufrir y si la crueldad es patrimonio del sexo feo. Creemos que no y en punto al goce del sufrimiento, quizá si las mujeres son más sutiles por lo mismo que en el hombre la crueldad es una necesidad ó una costumbre á que le arrastran las luchas fatigosas de la vida.

Pero la respuesta que es típica, que expresa la razón principal por la que la mujer no ambiciona seriamente los privilegios viriles se encuentran en la respuesta de Mme. M de Lœtau: «Porque desear ser hombre? Una mujer puede asemejarsele moralmente cuanto quiera. Gracias al progreso ella es dueño libre hoy, de sus pasos, de sus gustos, de su inteligencia y de su vida. La cuestión tan delicada que exponeis está resuelta simplemente de este modo: Una mujer de nuestra época no puede sentir absolutamente el no ser hombre».

Mme. Cossé-Brissac dice al celebrar la influencia bienhechora de la mujer: «Ejercemos esta influencia en torno nuestro, cada una en su esfera, y al hacer el bien nos engañamos *creyéndonos felices*; y esto es cosa que el hombre jamás sabrá hacer»

Entre las respuestas de las que constituyen la minoría de las que preferirían ser hombres, hay esta de Mme. Delarue que no deja de tener peso: «Ser mujer es ser desgraciada. Si ociosa, ella es el juguete de los acontecimientos y está privada de toda iniciativa personal; si trabaja tiene que hacerlo en condiciones más duras que el hombre: tiene que *hacerse perdonar su sexo*, y eso en medio de mil peligros y fracasos. Todas las felicidades de la mujer, el hombre las puede obtener; y solo en los sufrimientos es que hay muchos que son el patrimonio especial del sexo femenino. El código traiciona á la mujer; los filósofos la niegan la inteligencia; cuando ella emite su opinión sobre un tema que no sea el vaudeville ó un sombrero, todos se sonrien. Bella, se la tiene en cuenta; fea, como si no existiera y en todo caso no se la perdona la vejez. Se la respeta, se le cede el asiento en los omnibus—no siempre—pero se les tarja en el número de los humanos» Verdad que es amarga esta respuesta?

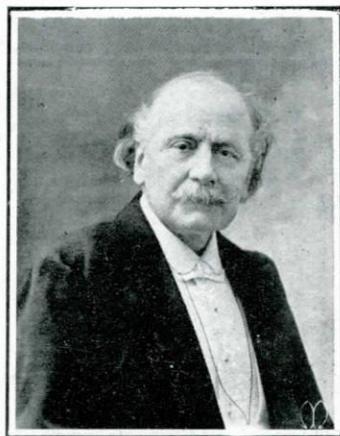
En lo relativo á las profesiones que las mujeres francesas habrían preferido, si fueran hombres, el resultado de la *enquête* ha sido el siguiente:

Médicos, inventores, bacteriólogos, bienhechores de la humanidad, 1555; pintores, 844; marinos, 339; literatos, 327; militares, 254; abogados, 128 é ingenieros 78.



EL TEATRO EN PARIS

Muy pocas veces se han dignado los poetas y escritores de fama, escribir los libretos para las óperas. Generalmente son los mismos autores de la música los que garrapatean la letra, — y así sale ella, cuando no se tiene la cultura literaria y la fantasía de Wagner — ó bien son poetas de último orden, ó mejor versificadores de á tanto la línea, los que se encargan de confeccionar el texto cantable. Pero en esta ocasión, para cerrar el año dignamente el brillante poeta parnasiano Catulo Mendes ha escrito la letra de una ópera ó poema lírico del insigne compositor Julio Massenet, titulado *Ariadna*. Cátulo Méndes se ha dedicado de lleno al teatro y cada obra suya es un ruidoso triunfo. De su pluma han salido, en los úl-



J. Massenet

caise ha triunfado en *La Opera* con su hermoso poema lírico inspirado en las fábulas encantadoras de la mitología griega.

En la dramática antigua fué explotado el episodio de Teseo y Ariadna y lo fué también en el teatro clásico francés. Voltaire celebrando el alto interés dramático de esa fábula decía. «Una mujer que lo hace todo por Teseo, que le salva del mayor peligro, que se sacrifica por él, que se cree amada, que merece serlo, que se vé



Ariadna.—Piritous.



Ariadna.—Cypris.

timos tiempos hermosísimas obras para todos los teatros de París, tales como *la Sorcière*, *Scarron*, *La Vierge de Avila* y tantas más. Nos parece que solo le faltaba á Mendes escribir *vaudevilles* y óperas. Inmediatamente de triunfar con la *Virgen de Avila* en la *Comedia Fran-*

engañada por su hermana y abandonada por su amante, es uno de los más felices temas de la antigüedad» Corneille en su tragedia de igual nombre, y en la cual se ha inspirado indudablemente Mendes, no logra destacar tan vivamente la figura de la infeliz princesa abandonada. La ópera es como la tragedia en cinco actos y con versos de corte clásico.

He aquí como ha desenvuelto Cátulo Méndes la acción de su poema mitológico. En el primer acto se realiza la victoria de Teseo sobre el Minotauro. La escena representa el monte Ida y la puerta del Laberinto de Dédalo. Piritous el fiel compañero de Teseo espera al héroe y resiste con siete marineros á las tentaciones de las sirenas. Teseo, lleno de angustia y amor, temiendo por la suerte de la que le dió el hilo del Laberinto, Ariadna, ha ido á librarla de sus enemigos. Se oye el eco del combate y llega al fin Teseo lleno de reconocimiento y amor por su salvadora, á la que trae desfallecida. El héroe ha dado muerte á Minotauro y se embarca al rayar la aurora

llevando consigo á las vírgenes y efebos atenienses librados de las garras del monstruo, á Ariadna su esposa, y á Fedra que ha pedido acompañar á su hermana, porque siente en lo más oculto de su alma arder la pasión por Teseo.

En el segundo acto la galera surca los mares conduciendo á los cautivos librados y á los dos amantes, que sueñan y suspiran de amor mientras cantan los niños que conduce la galera, y mientras Fedra loca de celos acoge con alegría una tempestad que se desencadena.

El tercer acto es en la isla de Naxos, la isla de las rosas. Es el amanecer y se escucha el ruido de la caza á que se dedica Fedra que, educada en rudos ejercicios ha vuelto á ellos. Teseo se ha hastiado del amor de Ariadna, de ese amor dulce y demasiado femenino que laxa su espíritu. Ariadna ha notado el hastío de su esposo, y adolorida, casi resignada, encarga á su hermana que investigue los sentimientos del héroe. Fedra interroga y reprocha sinceramente á Teseo su desamor, pero al fin vencida por su propia pasión, los reproches se transforman en un himno de pasión arrebatada. Ariadna sorprende á su hermana en su rapto de amor. Fedra perseguida por los remordimientos corre á vengarse en la estatua de



Ariadna.—Fedra.

Adonis que le ha inspirado su fatal pasión y es aplastada por la estatua. Ariadna aterrada por esta muerte que ella, á pesar de su rencor no ha deseado, implora á Cypris la diosa, cuya estatua se anima y la acoge favorablemente, ordenándola ir á los infiernos, á donde va Ariadna precedida por las Gracias.

En el cuarto acto aparece Persefone que reina pálida y hierática, con un lis negro por cetro, en medio del pesado fastidio y la sombra infinita. De pronto hay como una invasión de luz y alegría en ese infierno, alegría que en vano tratan las furias de contener. Es que ha entrado Ariadna con las manos y los brazos llenos de rosas. Ro-



Ariadna—Decoración del acto V.

sas frescas y perfumadas en el Tártaro. Es un momento de alegría delirante... Las rosas valen muy bien una muerte. Fedra es devuelta viva á Ariana, quien la lleva consigo. Al salir desaparecen del Tártaro la belleza, la gracia, la luz y la alegría, y Persefone vuelve á su lucratismo lúgubre y silencioso.

En el quinto acto se ven las rocas de la orilla del mar entre una de las cuales se ve la puerta que da acceso al Tártaro. Llega Teseo que ha seguido á las desaparecidas y á quien el remordimiento de su doble falta colma de desesperación. De pronto las brumas del antro infernal se desvanecen y aparece Ariadna seguida á poco de Fedra. Teseo humillado y Fedra avergonzada juran á la sublime y abnegada Ariadna una fidelidad que sus miradas y la pasión que se ve en sus rostros, desmienten. Instintivamente se adelantan á embarcarse en la pequeña embarcación que ha de conducirles á la galera, olvidando á la pobre Ariadna. Una ola les lleva hasta el navío y Ariana, la desdeñada esposa, herida de muerte en medio del corazón, sin blasfemar, sin quejarse, se dirige lentamente donde las arrulladoras serenas que la invitan á la paz de la muerte.

La partitura que Massenet ha escrito para este hermoso poema, es verdaderamente notable. Tiene su música colorido, gracia y libertad, y un gran acierto de expresión en las diferentes situaciones y sentimientos, en la personificación de los individuos y especialmente en las escenas en que la pasión predomina.

En el teatro nacional del Odeón se ha estrenado el *Julio César* de Shakespeare, traducción y arreglo de M. Louis Gramont.

HIPOLITO.



LOS JAPONESES EN LONDRES

¡«Qué chiquitos son! ¡Qué chiquitos son!»

Esta es la exclamación que se hace la inmensa mayoría de los ingleses ante los seiscientos marinos japoneses que han venido del transporte «Iyo Maru» para encargarse de los espléndidos acorazados «Kashima» «Karrori», que se han construido en Barrow in Furnes y en Elswick y que dentro de pocas semanas estarán listos para zarpar con rumbo al Extremo Oriente.

«¡Qué chiquitos son! ¡Qué chiquitos son!»

Y las multitudes inglesas no acaban de sorprenderse al verles por la calle.

No es esta la primera vez que se ven japoneses en Inglaterra.

Aquí hay siempre estudiantes del Japón y no son mayores que los marinos.

Pero los seiscientos que han desembarcado en estos días son hombres que han estado peleando año y medio á las órdenes del almirante Togo y frente á Port Arthur.

Sus hazañas han sido grandes y ahora las gentes se sorprenden al verlos tan pequeños.

Y en el fondo, de lo que se sorprenden los ingleses es de haberse aliado á ellos.

¿Cómo ese pueblo que adora la estatura y la buena presencia más que otro alguno en Europa, á podido aliarse á esos enanillos, que se divierten con cualquier cosa, que no cesan de reír en dos horas cuando echan un penique en una de esas máquinas automáticas que sirven pastillas de chocolate?

Casi ninguno de los marinos japoneses sería admitido en los barcos de Inglaterra porque los aliados carecen de la necesaria estatura.

Los europeos hemos convenido en que ningún hombre puede ser valiente como carezca de buena estatura, y esta es la razón que nos mueve á no admitir en el ejército ni la marina á los hombres chiquitos.

En vano es pensar que, dado el reducido espacio de los barcos modernos de guerra, y, sobre todo de los torpederos, la pequeña estatura de las tripulaciones resulta ventajosa.

En vano se recuerdan las hazañas realizadas por esos ENANOS VENENOSOS, como sabiamente los llamó al principio Alexieff.

No hay europeos capaces de realizar lo que han hecho esos japoneses.

No hay hombres en los ejércitos de tierra de Occidente, que como aquél capitán japonés, ate á su cuerpo todas las bombas explosivas que podía cargar, obligue á su asistente á encenderle las mechas y se arroje luego en una de las trincheras rusas de Port Arthur sembrando la muerte en torno suyo y haciéndose mil pedazos en servicio de su patria.

No, no hay en Europa marinos como aquellos cinco oficiales torpedistas japoneses que, en vista de la imposibilidad de adelantarse con sus barcos sin que los descubriesen los reflectores eléctricos rusos, se arrojaron al mar y llevaron á nado los torpederos hasta dispararlos contra el enemigo con la seguridad de dar en el blanco, y murieron después cuatro de los cinco nadadores por haberse agotado sus fuerzas antes de poder regresar á sus barcos.

No, no hay en Europa hombres como esos.

No, no hay aquí pueblo que se atreva, como el Japón lo ha hecho en estos días á nacionalizar los ferrocarriles del país, imponiéndose al Gobierno tan grave carga después de una guerra tan costosa, con el solo objeto de que los beneficios de la paz sean para el Tesoro público y no para los particulares.

No, no hay pueblo capaz de realizar semejantes sacrificios y hazañas. Y de ahí la sorpresa de las multitudes londinenses al ver á los japoneses tan chiquitos. ¿Cómo son tan grandes como pueblo, siendo como individuos tan pequeños? Eso se preguntan los ingleses.

A lo que podría responderse: Precisamente porque los individuos se encogen y anonadan en aras de la grandeza colectiva es por lo que el Mikado es invencible.

Pero esta lección no podemos, no queremos aprenderla.

RAMIRO DE MAEZTU.

LOS RIOS

Lloran las cumbres lágrimas de hielo,
que corren por las trágicas pendientes
y van formando en su camino fuentes
enamoradas del azul del cielo.

Entre las grietas del musgoso suelo,
aprisionan sus linfas los torrentes,
á manera de alhajas refulgentes
entre estuches de verde terciopelo.

Súbito, ensanchan sus ruidosas quejas;
y, dibujando monacales tocas,
envuelven su cristal en tenues brumas.

Y el río nace, cual tropel de ovejas
que va dejando en las fludas rocas
enredado el vellón de sus espumas..

LAS SELVAS

Cada selva en su pompa de rumores,
sobre la ostentación de los follajes,
copia el frufrú de los sedosos trajes
y en la seda después pinta sus flores.

Luce insectos de gasa brilladores,
pájaros de vivísimos plumajes,
fieras dignas de verse en los paisajes
de una artística alfombra de colores.

La selva tropical que por frondosa
finge la cabellera de una hermosa,
de día, entre penumbras se recata;

y, de noche, sujeta su peinado
con un fulgor de luna atravesado
como si fuese un alfiler de plata..

JOSÉ SANTOS CHOCANO.

Lima al vuelo

LA VECINA DEL FRENTE

Es posible que sobre un balcón abultado y breve como un baúl, trasunto legendario de poéticas costumbres, testimonio apolillado de plácidos coloquios, reliquia interesante que husmearán las narices de un arqueológico futuro, haya clavado nuestra edilidad feróz y aviesa mirada? Terrorífica profecía pesa ¡ay! sobre tí, balcón de que me ocupó, y lo hago no por remover el polvo estéril de las centurias, sino porque engalanas y das esparcimiento á la casa solariega de Alicia, delicada y graciosa limeña que tras de tus celosías, tantas y tantas veces se solazara con el traqueo de la vía pública.

Que lástima que te encuentres bajo la amenaza de piqueta irreverente ¡oh tú! que fuiste teatro de sus amables escarceos; tu, escapada misteriosa del recojimiento de una casa á la algarazara de una calle; tú, en fin, donde parece ella agitarse todavía con esbeltos y encantadores movimientos! Se estremecerán tus vigas carcomidas al recordar el zascandileo de esos pies breves y bien calzados? Rememorarás allá en tu tétrico aislamiento las horas inolvidables en que su busto peregrino fué donosamente encuadrado en esos vanos misteriosos que forman lo más interesante de tu estructura?... No lo sé....

Pero, si algún día puedes ¡Oh Regeneración Urbana! equipararte al solar de los abuelos con tus pretenciosos arranques á un infinito que te desprecia, nunca podrás opacar esa donosura sin afeite, esa solemnidad sin tiesura, esa poesía sin relumbrón, que era el espécimen de los coloniales recovecos de Lima la voluptuosa.

Por eso, ante los ojos sentimentales juega triste papel la ferretería instalada al frente de la casa de Alicia. No escasean allí la pintura y el barniz; el cedro trasciende á una cuadra y el viandante puede leer en muyucas placas de cobre pulimentado el nombre del propietario grabado en gruesos caracteres. Y qué diré de la escalinata de mármol que dá acceso á los altos? No brilla más una dentadura bonita en una bonita boca de mujer....

Pero tanta magnificencia no tiene, á mis ojos, el significado, ni me recuerda lo que el solo arquitrabe de la casa de mi heroína. Y además, que respeto puedo yo tener, poeta del Rímac, por una ferretería? ¡Una ferretería! Confieso que nunca me ha hecho feliz el asunto. Techos de donde penden en abigarrado hacinamiento adminículos de las más diversas formas y destinados á los más variados menesteres, desde el zapapico con mango de roble hasta el ovillo de cañería; puertas donde se recuesta una pirámide de azules y estañadas cacerolas, que se lanza al umbral en busca de un haz de brochas ó de una ratonera de bien trabados alambres. Francamente....

Por eso es que no le perdono á Alicia—yo que tanto le perdonaría!—que sus ojos leonados y fulgurantes hayan recibido contemplando tan poco interesantes cachivaches su primera noción de industria, y que haya encontrado solaz observando el ajeteo de presurosos empleadillos

que entraban y salían con una cara contrita y al hombro una talega repleta.

Más ¡que le haremos! El corazón humano femenino es un microcosmos. Pensando en la verdad de las cosas y en las circunstancias no puedo menos que completar mi noción de esta feroz palabra: Tiranía.

Porque ¿O la providencia me concedió una cabeza endemoniadamente dura ó el espíritu frívolo y coqueto de esta linda hija del Rimac no se hubiera solazado tanto, sino fuera Henrr Von Schuman el cajero del establecimiento. Henrr Von Schuman, á fe mía, un interesante joven alemán.

De un paralelepípedo de cedro, adicto al mostrador salió cierta tarde de verano en que el sol manchaba de naranja la acera, una cabeza de buen mozo con una pluma sobre la oreja. Desde luego Mr. Schuman el cajero. ¡Qué cabeza aquella! mejor dicho ¡qué busto! Reunía y compendia todo lo que en semejantes ocasiones solicita una mujer «nacida para el amor como el cerdo para ser comido», frase del *Cándido* de Voltaire, incomparable y barato libro. Cabello ensortijado y rubio, ojos celestes y fríos con esa frialdad de acero donde las mujeres galantes se han acostumbrado á ver un porvenir, amén de otros detalles de persistente influjo, á saber: un clavel amarillo sobre una mundana solapa; una insinuante perilla Boulanger, manos cultivadas que trasteaban los libros de caja con maestría y abandono, originalidad en la corbata, etc.

Si bien es cierto que este tal Schuman fué mandado traer de Berlín como cualquiera de las mercaderías allí existentes, y que con una buena partida de ellas, desembarcó una mañana en la chaza de fleteros del Callao, no por eso dejaré de hacer notar á mis contemporáneos que su buen gusto y agudísima perspicacia eran dignos de encomio, pues al acto comprendió que una irresistible vocación arrastraba á Alicia hacia él y desde ese momento disfrutó á sus anchas del idílico placer de levantar sus ojos de los folios rayados de azul y rojo de los libros de caja y de las intrincadas agrupaciones de guarismos negros é inflexibles, para mirar en el morisco balcón una linda cabeza peinada en bandós negros como la tinta, cayendo sobre las orejas con la discreta gracia con que caerían dos amables cortinas sobre el pórtico del Amor.

La idea maligna de besar una boquita de incitante carmesí y de apretar entre las suyas invadidas de un suave vello en las falanjes, otras dos manecitas afiladas y suaves le sacaba de quicio. Y no era para menos! Hubiérais sentido otro tanto hombres graves y pomposos, ya seáis lumbreras del «Foro peruano», ya acompañéis al Jefe del Estado en las actuaciones con un sombrero

apuntado y un bastón de borlas, ya en las cámaras contribuís con vuestras ideas á la felicidad de la República, ó ya os contentéis, simplemente, con presidir á la hora de las comidas la mesa de vuestro hogar. Manos eran esas de un tierno color blanco lechoso, como el de las yucas peladas. Manos divinas donde sobre el tierno tono de la piel chispeaban dos cosas: el nácar de las uñas y la pedrería de las sortijas. ¡Qué deditos!

Y así fué como un día el apasionado berlinés dejó caer su par de ojos azules sobre el sujeto que voy á tener el gusto de presentaros.



Lisandro Hermoza, ayudante de caja con 25 soles de sueldo, (¿para que más? un joven contraído no tiene cierta necesidad) entró una mañana al establecimiento con una carta azul en la mano y una cara púrpura de rubor. Plántase tímidamente ante las gafas de oro del principal, saludó militarmente y esperó el «vuelva usted» tradicional. Pero esta vez las gafas de oro rompieron la tradición y vueltas hacia Henrr von Schuman dijeron:

—Aquí tiene usted á este joven, póngale al corriente.

Me dispensarán mis lectores que les cuente cómo desde entonces se instaló el jovenzuelo ante una carpetita donde negreaba un tintero y desfallecía un secante color de rosa?

Así mismo, á mi vez, seré lo suficientemente agradecido para dispensar los detalles y pormenores de la amistad trabada entre Von Schuman y Hermoza, de sus confidencias acerca de la hermosa Alicia y de lo romántica que parecía ser ¡Ah lo que es eso! Un romanticismo para satisfacer á un alemán, porque ha de saber el que lo ignore que un alemán modelo, no desea á los 20 años sino tres cosas: una novia, una levita y un violín. *Trahit sua quemque voluptas.* ¡Un romanticismo!

—Ah! si la viera usted, joven Hermoza, como baja los ojos, con qué rubor, con qué....

—Ah sí! Da la hora, *mister* Schuman.

—Y si usted supiese escribirme una bonita carta porque yo no conozco el idioma....

—Con mucho gusto.



—¡Concluido, vamos á ver que le parece: «Desde el feliz momento en que tuve la inmensa dicha, de admirar la

sin rival belleza que adorna á Ud. le juro como caballero que sentí....»

Tan bella, discreta, amorosa, rumorosa y conveniente pareció al berlinés la misiva, que sin detenerse en otras consideraciones instó al joven ayudante para que sin pérdida de tiempo la llevara á su precioso destino pasando por alto las oportunas observaciones de éste, entre las cuales como de más peso descollaba la de que en ese momento podía presentarse el papá, la mamá ó los hermanos y qué se figurarían? Qué se figurarían! bah! Qué poco mundo! Acaso puede uno lanzarse por el camino de la seducción en una facha tal, con unos gemelos de hojalata en los puños y con unas botas de taco tan distraído?

Ni por pienso. Se figurarían que iba donde la cocinera ó á pedir una recomendación para... morir. Además, Alicia en autos recibía la misiva, y de vuelta con la respuesta. Qué creía? que era cosa de tardarse? Tome un sol....



Pero se tardó! Vaya si se tardó!

Y tanto que sonaban en los relojes públicos solemnes y distintas las cuatro de la tarde y el ayudante de caja no salía de la casa ni llevaba trazas de ello. Ah! de seguro, Alicia no quería confiar al papel las emociones de su alma y procuraba relatárselas á Hermoza, para que éste, á su vez, las transmitiera al elegido de su corazón.

Y qué emociones tan largas y profundas deberían de ser! ¡Oh hijo del undoso Spree! Lo único que sientes es que tan delicadas confidencias tengan un trasmisor tan vulgar y pedestre como Hermoza. ¡Qué tipo además el pobre! Estos son los tántalos de la vida. Son terceros en amor sin conocerlo. ¡Y qué botas! Y qué par de corazones de ojalata en los puños! ¡Desdichado!

Pero como todo tiene su fin, y lo tendré yo y lo tendrá el mundo, debe tenerlo este humilde relato y este fin nos lo proporciona la presencia intempestiva del intrépido Hermoza, trasfigurado y radiante con los pulgares metidos en las hombreras del chaleco y un aire de protección que asombró al súbdito de Guillermo II.

—Y...?

No contestestó. Miró á Schuman con una de esas miradas que quieren decir: «Amigo mío, con gemelos de lata y botas torcidas se llega también á alguna parte por el camino de la seducción.

MASCARILLA



“A TRAVES DE UN PRISMA”

CRONICAS SOCIALES

Un nuevo hogar es una promesa de felicidad, una cristalización de muchos ensueños juveniles, de muchas esperanzas de antiguo concebidas; es un nuevo y encendido foco de luz alrededor del que girarán las doradas luciérnagas de la amistad y el cariño; y es, en nuestra vida, un suceso de importancia, más aún, si los contrayentes unen á amables dotes personales, el aprecio y la estimación de las sociedad en que viven. He aquí porque son los matrimonios son las notas predominantes de una crónica social.

El día 24 de febrero, en la pequeña y aristocrática capilla de la Recoleta, contrajeron matrimonio el señor Aurelio Longaray y la bella señorita Inés Dávalos Lissón. Un grupo selecto de su relaciones felicitó, después de la ceremonia, á los distinguidos contrayentes.



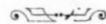
Entlace Longaray-Dávalos Lissón Fots. Courret



En los primeros días de esta quincena salió de Lima con dirección á Montevideo el doctor Francisco Almenara Butler, distinguido facultativo y catedrático de la Universidad de Lima.

El doctor Almenara marcha á engrosar el número de los asistentes al Congreso médico que se reunirá en la capital del Uruguay.

Dadas las condiciones intelectuales del doctor Almenara, no es de dudar que su actuación en dicho certamen científico será fecunda en resultados benéficos.



Un nombre escogido, el de un caballero que supo granjearse las simpatías de nuestra sociedad, ha ido á aumentar la interminable lista de los desaparecidos de la vida.

El señor Enrique Bustamante y Salazar, distinguido entusiasta hombre político, ha fallecido durante la presente quincena, dejando un vacío difícil de llenar en la sociedad que supo estimarlo por las relevantes dotes que poseía.

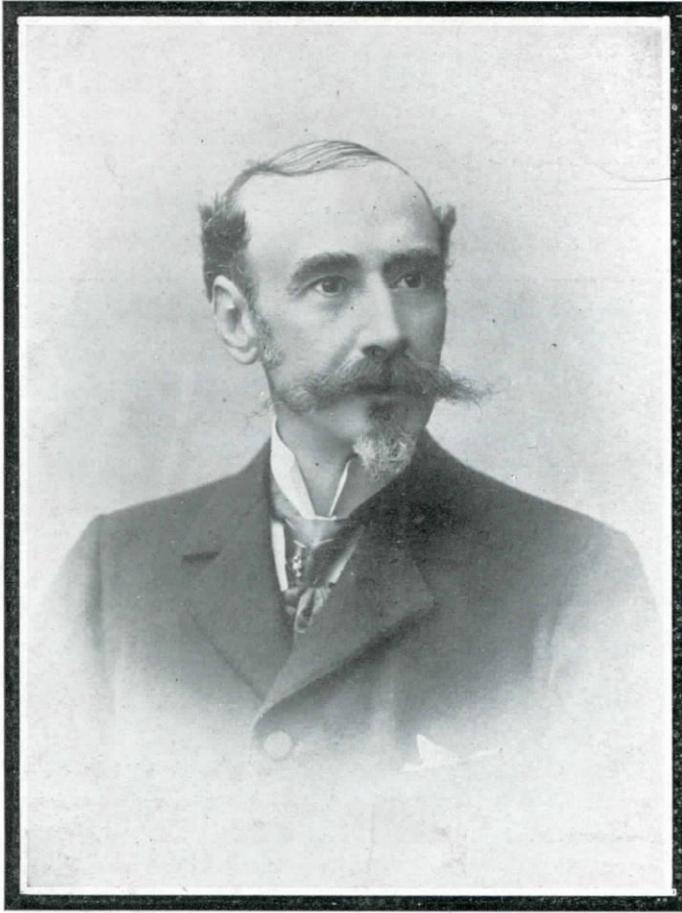


Dr. FRANCISCO ALMENARA BUTLER Foto. Garreaud

Sin el «Paseo de los Naranjos» que posee Niza, sin el lujo y suntuosidad de los casinos de Biarritz, son la playa amena y elegante de Ostende, nuestros humildes balnearios, son el punto de cita de las damas distinguidas, durante estas mañanas calurosas de febrero.

La Punta, el simpático caserío que pone la blanca nota de sus ranchos sobre una banda de tierra salitrosa, á cinco minutos del Callao, es uno de los establecimientos de baños más concurrido por nuestra juventud femenina que busca en la playa las frescas alegrías que le niegan las polvorientas y calurosas calles de la ciudad.

Allí, á la hora del baño, alegres grupos recorren la larga y pintoresca estacada que protege la ensenada de los baños, llevando la alegría con el perfume de juventud que poseen, animando las plataformas con el ruido acompañado de sus ligeros pasos. Es toda una fiesta de belleza y buen tono; muselinas *souples* y gasas estivales visten adorables carnaciones, ojos bellísimos fulgulan tras los discretos velos de los sombreros femeninos; y un charloteo ingenioso y leve se eleva por sobre esa multitud que ríe y *flirtea*, bajo los rayos de un sol rebosante de luz y colorido, mientras, en el mar, blondas cabecitas surgen de las olas como húmedas creaciones de un Watteau colorista y galante.



✠ Sr. ENRIQUE BUSTAMANTE y SALAZAR Foto. Moral

Las fotografías publicadas en este número dan una idea de la animación reinante en las terrazas; en un extremo de la plataforma una linda aficionada prepara su *Kodak* con la edificante intención de sorprender á un grupo distraído. En otra prueba, una bañista, belleza ya consagrada, muestra á la admiración de los que la rodean un racimo de frescas y doradas uvas, y el grupo se inclina, no sabemos si admirando las uvas, ó la belleza de las gentiles manos que las sostienen.

Nuestro indiscreto fotógrafo ha tomado otras vistas; en una de ellas un *croniquer* ameno y amable forma grupo con dos niñas que triunfan por el aristocrático estilo de sus *toilettes*, por la belleza amable de sus gentiles figuras.

Un hábito de juvenil alegría parece flotar sobre todos estos grupos; de ellos surgen charloteos armoniosos y

carcajadas argentinas con un himno grato al verano, al supremo iniciador de muchos idios, al gran realizador de muchas esperanzas.



De provincias continúan llegándonos ecos del Carnaval. Parece que allí el ocio provinciano ha sido redimido por la alegría de los días de carne y tendas. He aquí una fotografía que representa el traje artístico y original llevado por la señorita Luisa Basadre y Grubmann, hija del señor Carlos Basadre y Forero en uno de los bailes ofrecidos en casa de la familia Gálvez en Tacna. El traje que reproducimos fué confeccionado con números del periódico peruano «La Voz del Sur» y constituyó un disfraz sugestivo y bello.



Srta. Luisa Basadre y Gubmann



Por nuestra cuenta y riesgo hemos bautizado con el nombre de *La Gitanilla* el precioso boceto de nuestro compatriota el pintor Daniel Hernández que publicamos como suplemento al presente número. Como en otra ocasión hemos publicado el retrato de Hernández, hemos juzgado inoficioso repetir el grabado.

La reproducción del cuadro que ofrecemos ha sido hecha cuidadosamente y podemos asegurar que la semejanza de colorido con el original es perfecta. *La Gitanilla*, es propiedad del señor doctor Javier Prado y Ugarteche á quien expresamos aquí nuestro reconocimiento por su amabilidad en habernos proporcionado tan bello original.



Durante algún tiempo el público desconfió de que la hermosa y patriótica idea de constituirse una Compañía Nacional de Vapores llegara á ponerse en práctica; pero hoy ya no se duda puesto que gracias á la infatigable actividad y eficaz propaganda del Directorio nombrado al efecto han sido tomadas la totalidad de las acciones. En la última sesión de accionistas se eligió Presidente del Directorio al señor Nicanor Carmona y como Gerente de la Sociedad al Sr. Jorge Sharpe.



Sr. NICANOR CARMONA



Fotos Moral

Sr. JORGE SHARPE

Letanía de Nuestro Señor Don Quijote

Rey de los hidalgos, señor de los tristes
que de fuerza alientas y de sueños vistas
coronado de aureo yelmo de ilusión;
que nadie ha podido vencer todavía,
por la adarga al brazo, toda fantasía
y la lanza en ristre, toda corazón.

Noble peregrino de los peregrinos
que santificaste todos los caminos
con el paso augusto de tu heroicidad,
contra las certezas, contra las conciencias
y contra las leyes y contra las ciencias,
contra la mentira, contra la verdad.....

Caballero errante de los caballeros,
Barón de varones, príncipe de fieros,
Par entre los Pares, maestro, salud!
¡Salud, porque juzgo que hoy muy poca tienes
entre los aplausos ó entre los desdenes
y entre las coronas y los parabienes
y las tonterías de la multitud!

¡Tú, para quien pocas fueran las victorias
antiguas y para quien clásicas glorias
serían apenas de ley y razón,
soportas elogios, memorias, discursos
resistes certámenes, tarjetas, concursos
y teniendo á Orfeo, tienes á orfeón!

Escucha divino Rolando del sueño,
á un enamorado de tu clavileño
y cuyo Pegaso relincha hacia tí;
escucho los versos de estas letanías
hecha con las cosas de todos los días
y con otras que en lo misterioso vi.

¡Ruega por nosotros, hambrientos de vida,
con el alma á tientas, con la fé perdida,
lentos de congojas y faltos de sol,
por advenedizas almas de manga ancha,
que ridiculizan el ser de la Mancha,
el ser generoso y el ser español!

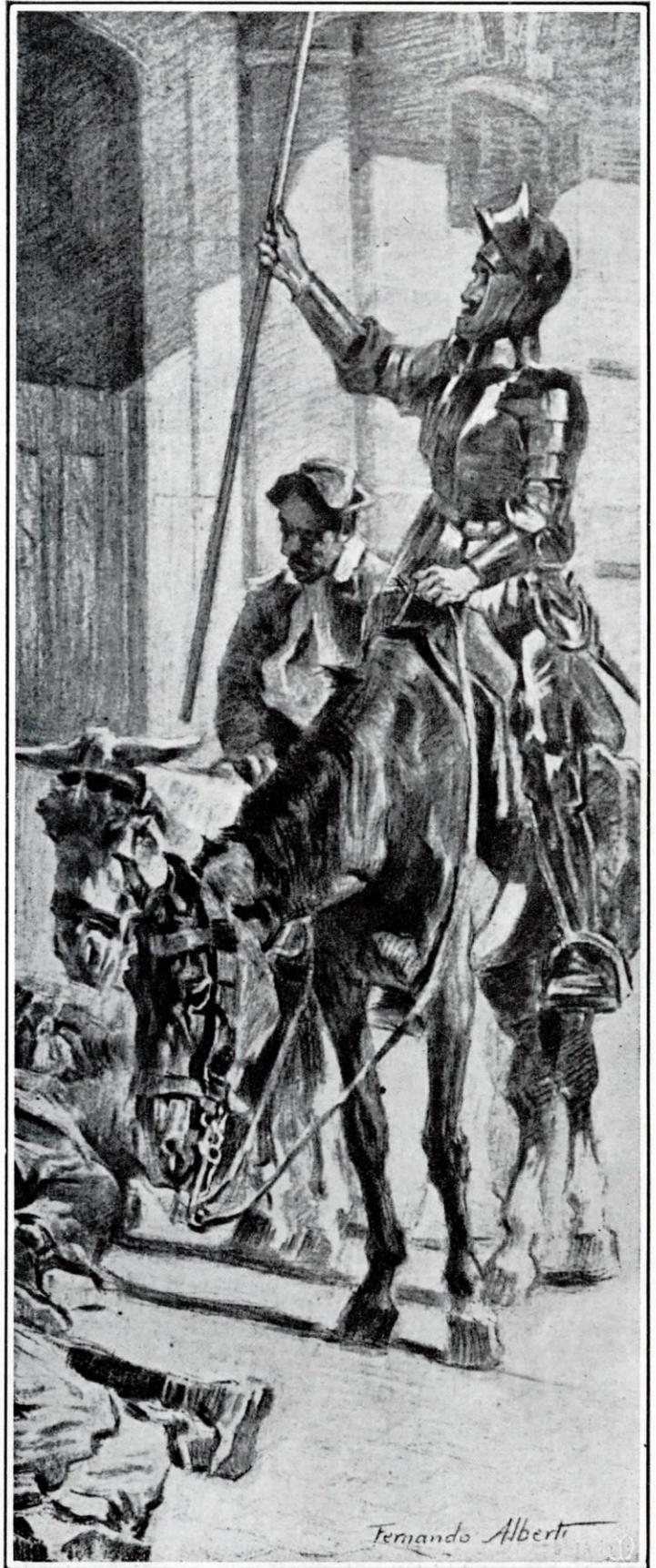
Ruega por nosotros que necesitamos
las mágicas rosas, los sublimes ramos
de laurel! *Pro nobis ora*, gran señor,
(Tiembla la floresta de laurel del mundo
y antes que tu hermano vago, Segismundo,
el pálido Hamlet te ofrece una flor).

Ruega generoso, piadoso, orgulloso;
ruega casto, puro, celeste, animoso,
por nos intercede, suplica por nos,
pues casi ya estamos sin savia, sin brote,
sin alma, sin vida, sin luz, sin Quijote
sin pies y sin alas, sin Sancho y sin Dios.

De tantas tristezas, de dolores tantos,
de los superhombres de Nietzsche, de cantos
afonos, recetas que firma un doctor, ●
de las epidemias de horribles blasfemias,
de las Academias
líbranos, señor.

De rudos malsines,
falsos paladines,
y espíritus finos y blandos y ruines,
del hampa que sacia
su canalocracia
con burlar la gloria, la vida, el honor,
del puñal con gracia
¡Líbranos, señor!

Noble peregrino de los peregrinos,
que santificaste todos los caminos
con el paso augusto de tu heroicidad,
contra las certezas, contra las conciencias



y contra las leyes y contra las ciencias
contra la mentira, contra la verdad.

Ora por nosotros, señor de los tristes,
que de fuerza alientas y de ensueños vistas
coronado de almo yelmo de ilusión;
que nadie ha podido vencer todavía
por la adarga al brazo, toda fantasía,
y la lanza en ristre, toda corazón!

RUBÉN DARÍO.

Mi Tío Barbassou

(NOVELA DE MARIO UCHARD)

(Continuación)

—Sí señor, repuso sacando del bolsillo otro pliego. He aquí un documento igualmente lacrado y sellado, dirigido á mi persona. Sólo debía abrirlo en el caso en que el testamento de su tío resultase irrito y nulo por haber muerto Ud. antes que él. Este documento, según me dijo, debía servir en tal caso para determinar el cumplimiento de su última voluntad. Pero desde el momento que Ud. está vivo y presente, las órdenes escritas y formales que he recibido me imponen la obligación de quemar en presencia de Ud. este documento que carece de objeto.

Hízome comprobar que los sellos estaban intactos y, tomando de encima de mi mesa de despacho una bujía que encendió, redujo á cenizas el documento secreto, cuyas cláusulas no debíamos conocer. Terminada esta formalidad, se marchó.

Una vez que me quedé solo y bajo el imperio de aquellos conmovedores recuerdos de mi pobre tío, púsememe á considerar la carta que el notario me había dejado. Adivinaba en ella cierto misterio y presentía vagamente que su contenido había de decidir de mi destino. Esta última palabra suya, que parecía llegar hasta mí de la tumba, reanimaba en mi corazón el pesar fresco todavía. Rompí al fin el sobre con mano temblorosa y he aquí lo que contenía:

«Mi querido hijo:

«Cuando leas las presentes líneas, habrá terminado mi existencia terrestre. Hazme el favor de no entristecerte demasiado y de portarte como un hombre. Ya conoces mis ideas acerca de la muerte. Jamás he abrigado la preocupación de considerarla como una desgracia, pues estoy convencido de que es simplemente la transición que nos conduce á un estado superior. Arregla tu conducta á estas ideas y no me llores como un niño. ¡He vivido y ahora te toca á ti! Quiero que tu viejo amigo conserve agradable lugar en tus recuerdos y que le asocies á tu felicidad, en la seguridad de que toma parte en ella.

«Dicho esto hablemos.

«Te dejo todos mis bienes, pues no quiero que tengas que luchar con el fastidio de los negocios; mi testamento se halla en buen orden y vas á entrar, sin más formalidades, en posesión de tu herencia, que es muy decentita. Sin embargo te recomiendo como cosa del corazón mi última voluntad, seguro de que entre nosotros no hay necesidad de más complicaciones para asegurar su ejecución.

«Tengo una hija que ha compartido siempre contigo lo mejor de mi afecto. Si te he ocultado esta segunda paternidad, es porque podían ocurrir circunstancias que hiciesen inútil la revelación que te hago en este momento. Mi hija tenía un padre legal, el cual tenía derecho para reclamarla cuando cumplierse dieciséis años; hoy día es libre, su padre legal ha muerto, cumplirá muy pronto diecisiete años y te la confío. Se llama Ana Campbell, se halla en París en el convnto de los Pájaros, donde termina su educación. No le queda más familia que una tía, hermana de su madre, Madama Saulnier, que vive en la calle Barbet-de-Jouy, N.º 20. No tienes más que presentarte en casa de esta señora y decirle tu nombre. Sabe que te he designado como tutor moral de mi hija y que eres el encargado de reemplazarme. En fin, conoce *todas mis intenciones*.

«Subrayo estas palabras, porque resumen mis más caras esperanzas. He educado á Ana con el deseo de dárte la por esposa, distribuyendo de esta suerte mi fortuna entre vosotros, y confío completamente en ti para que esto se realice. Si el matrimonio es para un hombre un asunto sin consecuencias, para la mujer es el más grave acontecimiento de la vida. Contigo sé que no tengo que temer que mi hija sea nunca desgraciada, y esto es lo principal de todo. Si no vuelvo de este último viaje,

tendrás todo el tiempo necesario para hacer la vida de soltero; pero cuento con tu amistad para que me hagas el pequeño favor de casarte con ella cuando llegue el momento oportuno. Está aún algo flaca, y creo que harás bien en aguardar uno ó dos años. Por lo demás puedo asegurarte que su madre era robusta y bien conformada. Hallarás sus dos retratos reunidos en uno de los medallones que hay en el cajón de mi mesa de despacho. (No te equivoques, es el que tiene el número 9).

«Arreglado este asunto, sólo me resta hacerte una última recomendación. Si Feraudet ha seguido mis prescripciones al pie de la letra, como supongo, ha debido quemar un documento en tu presencia. Era un segundo testamento mediante el cual nombraba á mi hija Ana Campbell heredera universal de todos mis bienes, en el caso de que tú faltases. Desde el momento que me has sobrevivido, comprenderás que no he querido complicar tus asuntos con una infinidad de formalidades á que hubiera dado origen la situación de una menor extraña que compartía la herencia contigo; esto te hubiera acarreado un fárrago de procedimientos, de actos restrictivos y de inscripciones interminables. Sin embargo hay que preverlo todo para el caso en que te ocurriese algún accidente antes de tu matrimonio con Ana. Nuestras propiedades irían á parar á manos de parientes colaterales y ¡bien sabe Dios que no faltarían!...

«Como deseo que mi fortuna sea de mis hijos, es indispensable que no olvides el hacer tus disposiciones testamentarias en favor de tu prima, á fin de que, á falta tuya todo vaya á poder

de la misma, con las mismas facilidades con que yo te lo he dejado. Confío en tí con respecto á este asunto. Hallarás todas las indicaciones de nombres, apellidos y calidades que habrás de enunciar, en la primera página de mi libro mayor particular, donde se halla el crédito que

le tengo abierto, lo mismo que á ti, en casa de mi banquero que formaba una cuenta enteramente especial para vosotros dos. Madama Saulnier tiene la costumbre de tomar lo que necesita; por lo tanto no tienes que ocuparte en estos detalles hasta la época de tu matrimonio:

únicamente debes confirmar dicho crédito.

«Arreglado este asunto ¡adelante, hijo mío! Sé demasiado que no tengo necesidad de decirte que pienses alguna vez en tu tío: te conozco y esto me basta. Por mi parte te doy las gracias por la conducta que has observado conmigo y te bendigo desde el fondo de mi corazón.

«Vamos, no seas simple, no te enternezcas; estoy en el cielo, mi alma está libre y se regocija con los esplendores de lo infinito. ¿Hay en esto motivo para entristecerte? Adiós».

Excuso decirte, querido Luis, que á la lectura de esta carta hice lo contrario de lo que me ordenaba mi pobre tío, y ¡vaya si me enternecí! Surcaban las lágrimas mis mejillas, mi corazón se deshacía de pena y casi no veía la palabra «Adiós» que sellé con mis labios.

Esta mezcla de elevación y de ternura, este conmovedor cuidado en consolar mi pena, esta confianza sin límites en mi cariño y en mi lealtad...

El dolor me acongojaba. Sentíame orgulloso de juzgarme digno del gran corazón de aquel hombre que me abrumaba con sus beneficios del ciego abandono de un padre. Parecíame que no le había querido bastante, y el pesar que me producía su



pérdida tomaba casi visos de remordimiento. Le hice juramento, cual si él estuviese allí para oírme, de vivir para realizar sus deseos; por otra parte, en el fondo de mi alma, estaba yo seguro de que me veía.

Cuando se calmó el torrente de mis lágrimas, no quise dilatar un instante el cumplimiento de su última recomendación. Corrí á su despacho, abrí el cajón de su mesa y hallé los retratos. Uno de ellos preciosa miniatura, representaba una mujer como de veinticinco años. El otro era una fotografía de Ana Campbell á los quince. Menos linda tal vez que su madre, tenía un encantador rostro de niña; la pobre debió fastidiarse mucho sin duda cuando la obligaron á ponerse ante el aparato, porque la expresión de su rostro era un tanto seria y aburrida. Anunciaba sin embargo que había de ser una joven agradable más adelante. Experimenté de pronto un vivo sentimiento de afecto hacia aquella prima desconocida, de la que era tutor y de la que más tarde había de ser esposo. Ante aquella fría imagen renové á mi tío el juramento de obedecer su voluntad y después, tomando una pluma, hice testamento nombrando á Ana Campbell heredera universal de todos los bienes que tío nos legaba. Pero aún desconocíamos el notario y yo una parte de mi herencia, la más extraña y la más inesperada.

II

No pretendo pasar por lo mejor de lo que soy; sin embargo declaro, querido Luis, que á pesar del deslumbramiento natural que experimenté, al verme dueño de semejante fortuna, una vez cumplidos mis requisitos legales, mi primer pensamiento fué el de pagar á

la memoria de mi pobre tío un tributo de duelo y de sentimiento, encerrándome á solas con su recuerdo. Hubiera considerado como una ingratitud y como una falta de piedad el mostrar demasiado apresuramiento en disfrutar las riquezas de semejante bienhechor. Su pérdida me produjo verdaderamente un vacío cruel en el corazón; decidí pues permanecer, por lo menos algunos meses en Ferouzat. Escribí inmediatamente á la tía de Ana Campbell, participándole mi resolución de cumplir religiosamente los deseos de mi segundo padre y suplicándole que dispusiese de mí, en todo y por todo, como de un protector y de un amigo dispuesto á acudir al menor llamamiento. Cuatro días después recibí de su parte una carta llena de cordialidad y muy bien escrita.

Asegurábame su confianza en todo lo bueno que mi tío le había dicho de mí; me daba noticias de mi prometida que, «no obstante su juventud, prometía ser una mujer perfecta».

Cumplidos estos deberes que me imponían las conveniencias, me instalé en mi retiro y me puse á trabajar. Decir que mi recogimiento fué tan completo como yo hubiera deseado, sería tal vez algo aventurado, pero ¿qué remedio? No debía yo ponerme al corriente de todo lo que mi tío me había legado. ¡Y Dios solo sabe cuántas cosas contenía mi castillo de Ferouzat! Cada día hacía

un nuevo descubrimiento en aquellas magníficas habitaciones,

en que se amontonaban muebles raros de todas las épocas y de todos los países. Barbassou bajá había nacido con instintos de chamarilero y todos aquellos muebles estaban llenos de telas, de trajes y de objetos de arte ó de pura curiosidad; mi administrador mismo no conocía su número.

Pero la más encantadora de todas aquellas maravillas es sin duda Kasr-el-Nuzá, la propiedad inmediata al castillo. Kasr-el-Nuzá es un capricho turco de mi tío. Estas tres palabras árabes corresponden literalmente á «Castillo de los Placeres» y en español castizo á la expresión «Buen Retiro». En dicha mansión, separada únicamente de Ferouzat por una pared medianera, habitaba en otro tiempo el ministro desterrado, que había tenido que huir de las persecuciones del sultán. Imagínate, escondido en el fondo de un gran parque, cuyos copudos árboles lo ocultan á la vista, un delicioso palacio del más puro estilo oriental, rodeado de jardines en que se amontonan las flores en vistosos canastillos, que se destacan sobre el verde césped, una especie de valle de Tempe transportado allí desde la tierra de Asia. Mi tío Barbassou, hombre de conciencia, había trazado el plano en no sé qué residencia del rey de Cachemira. En el interior del Kasr te hubieras creído seguramente en la morada de algún señor de Estambul ó de Bagdad. Lujo, ornamentación, muebles, disposición cómoda, todo se halla en él estudiado con el cuidado de un artista y la exactitud de un arqueólogo... sólo que el confort europeo se armoniza amablemente con la sencillez turca. Las colgaduras de seda de Persia, las alfombras de Esmirna, de tonos tan armoniosos que parecen robados al sol, las salas de baños, las estufas, son allí verdaderas obras maestras. En fin, para no causarte, te diré que es la instalación completa de un bajá en la tierra de Provenza. Una puercecilla, abierta en el muro del parque, da acceso á este oasis. Fácilmente adivinarás las largas horas que allí pasaba forjando sueños de las mil y una noches.

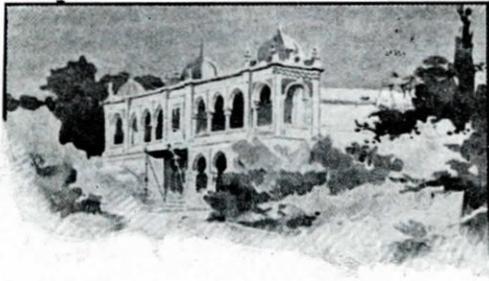
Por lo demás no había interrumpido mis trabajos, porque no te creo capaz de suponer que mi fortuna de nabab me haga nunca abandonar la ciencia. Ya sabes que, en medio de mis numerosas locuras y no obstante los arrebatos de la juventud, tal vez algo desordenada hasta la feliz edad de veintiséis años que hoy tengo, he conservado siempre la afición al estudio que llena de goces tan delicados las horas de forzado reposo que, hasta los placeres mundanos, dejan á todo hombre que posee un cerebro. La Escuela Politécnica y las matemáticas, que mi tío me impuso, han desarrollado en mí instintos de investigador. He acabado por aficionarme á las ideas transcendentales... Esta afición vale seguramente tanto como la de la pesca. Por lo que á mí toca, debo declararte que clasifico entre los moluscos al hombre que, pudiendo disponer de sus acciones, se contenta con comer, beber y dormir, dejando ocioso su espíritu. Por esto sin duda me llamáis el *sabio*. Trabajaba con verdadero ardor en mi obra empezada *Ensayo sobre el origen de la sensación*, y ya había compuesto algunos excelentes capítulos, cuando ocurrió el importante acontecimiento que me propongo referirte.

Hacia dos semanas que llevaba una existencia solitaria.

Una noche, al volver de Arlés, donde había pasado dos días para evacuar ciertos asuntos, supe que Su Excelencia Mohamed Azís, aquel antiguo amigo de mi tío, á quien recordaba haber visto una vez, había llegado el día antes al castillo, ignorando la muerte de Barbassou bajá. Confieso que por el momento no me causó la noticia mucha satisfacción; pero, en recuerdo de mi amado tío, no podía negarle la hospitalidad que esperaba. Dijéronme que Su Excelencia había ido en seguida á instalarse en Kasr-el-Nuzá, donde solía residir. Apresuréme á darle la bienvenida, rogándole que me informase de si tenía á bien recibirme.

Hízome saber que estaba á mis órdenes y que me esperaba. Inmediatamente pase á visitarle.

(Continúa)



MODAS



Vestido de comida